Tomo XI

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 14

San José, Costa Rica **1925** Lunes 14 de Diciembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El intelectual

(De *La Antorcha*, México. D. F.)

A los intelectuales no se les quiere en ninguna parte. Son, sobre la faz de la tierra, una tribu de parias, magníficos por su elevado aislamiento, dignos de lástima por el odio, solapado o manifiesto, con que se les persigue. El intelectual es el hombre impar. Hasta los mismos intelectuales le hacen la guerra. Prometeo irredento, la roca a que está clavado es la humanidad misma; su prójimo, su semejante, es el buitre eterno que le devora las entrañas.

El intelectual no es obrero. José Vasconcelos, al oír hablar de un intelectual afiliado al Partido Laborista, preguntaría, disgustado, lo que preguntaba del candidato a la presidencia de los laboristas: «¿Laborista de qué?»

Las manos del intelectual no le arrancan al suelo la piedra de construcción, ni hulla, ni metal, ni piedras finas. El intelectual no horada en la superficie del planeta para hacer brotar los chorros de petróleo; el intelectual no unce a la bestia castrada, ni dirige el arado, ni en el surco virgen echa la semilla milagrosa, ni atiende a las necesidades de la milpa, ni recoge el grano, ni llena los trojes de espigas y mazorcas. El intelectual ni siquiera cultiva, cuida y corta flores. Sus manos no esgrimen el hacha taladora de bosques. El no siembra ni la caña de azúcar, ni la planta de henequén; él no saca pulque. No, el intelectual no trabaja directamente sobre la tierra. No la hace producir, dice el labriego. Ni siquiera trabaja con los productos de la tierra, dice el hombre de las fábricas.

El intelectual no hace el mueble útil, ni la puerta de la casa, ni el lecho para el descanso del hombre, ni la cuna ni los juguetes para el niño, ni las cajas para los que ya han dejado de vivir. El intelectual no amasa la arcilla, ni le da forma al barro, ni le cuece en los cóncavos hornos. El intelectual no labra en oro, no hace los zarcillos de la novia, ni la sortija de la mujer desposada, ni engarza diamantes y esmeraldas para la dama rica o para la querida del general. El intelectual no forja espadas ni puñales, ni funde el bronce de los cañones y de las estatuas, ni tiempla el acero de las bayonetas, ni confecciona pólvora, ni hace balas. El intelectual no se sienta a los telares que hacen doblegarse el espinazo a los más recios; no hace el sarape, ni el holán, ni la manta corriente, ni la seda vistosa; tampoco hace el uniforme del militar ni los overoles azules del obrero, ni los calzones de nadie. El intelectual no pastorea cabezas, ni ganado, ni ordeña vacas, ni destaza reses, ni curte cueros, ni hace quesos, ni hace zapatos ni sillas de montar, ni látigos para las bestias y para los hombres y para el niño inquieto que tiene un padre malhumorado o concienzudo. Está visto que el intelectual para nada sirve.

Ni siquiera sabe traficar con los productos de la tierra y con el trabajo de los hombres, dicen indignados los hombres de negocios.

El intelectual no le compra al productor por un centavo lo que ha de revender por un peso. El intelectual no tiene la honradez del que trabaja ni la respetabilidad del que sabe aprovecharse del trabajo de los demás. Los trasquilados y los trasquiladores se entienden: son uno para el otro. Se odian, pero en el fondo saben que así es la vida. Tratan de herirse, en reyerta, pero de ningún modo aniquilarse, porque se necesitan; viven en eterno juego. Son como los niños de una misma escuela que se dividen en dos bandos para jugar mejor. El intelectual es de afuera, de otros establecimientos. El intelectual no es de unos ni de otros, y ambos bandos lo desprecian.

Ese juego de que digo, entre trasquilados y trasquiladores, tiene sus jueces, sus *umpires* y *referees*. El intelectual tampoco es de éstos. El intelectual no es admirador de hombres ni director de hombres. No es líder, ni jefe de partido, ni funcionario de gobierno, ni patrón de nadie, ni siquiera empleado menor. Desde luego, casi no hay gobierno, sindicato, ni agrupación de ninguna especie que no tenga su intelectual o sus intelectuales. Pero intelectuales de este género no es el intelectual deveras: al afiliarse, al ponerse a servicio, se ha convertido en parte de una máquina, en eje, en rueda o en timón, no importa en qué: ha dejado de ser él. Y lo mismo le ocurre si se vuelve histrión.

Esencia del intelectual es trabajar para todos. Como el sol, que para todos alumbra y que no puede sindicalizarse, menos ser reaccionario. Como el sol, que si dejara de alumbrar dejaría de ser sol. Como el viento, que si deja de soplar deja de ser; como el viento, que para todos sopla, lo mismo para el marinero que lo recoge en velas que para el molinero, que para el niño que encumbra papalotes. Para los productos del intelectual no hay mercado, porque no se venden: se dan. El intelectual es el único que para todos trabaja, el único que da.

No así el carpintero. El carpintero hace mesas, digamos, para quien se las compre. Y la mesa que hace el carpintero es sólo para un reducido número de gente. El zapatero lo mismo. El zapatero hace zapatos para el individuo. El intelectual es el único que lo que hace lo hace para la humanidad entera, para su vecino como para su antípoda, como para sí mismo. Su obra es por eso tan invaluable que no vale nada. Y como el individuo vale lo que vale su obra

el intelectual tampoco vale nada. (En los Estados Unidos *How much are you worth?*—¿Cuánto vale usted?—quiere decir: ¿Qué capital tiene usted, cuánto dinero?)

A mí me es indiferente el trabajo de los sastres de Escocia, de los albañiles de Roma, de los hilanderos de Calcuta; pero las teorías de Einstein, los descubrimientos de Madame Curie, las novelas de Tolstoy, la poesía de Tagore, los estudios sobre arte y religión de Jane Harrison, los juicios sobre el desarrollo de las civilizaciones de Oswald Spengler, la doctrina de Gandhi, el evangelio de Lenin, la música de Mariano Torroba, la expresión de fe de Papini, las opiniones de Adolfo Salazar, las comedias de Don Ramón del Valle Inclán—todo esto sí tiene que ver conmigo. Todo esto ha sido hecho para mí de una manera muy especial como para cada hombre y para cada mujer; todo esto lo puedo hacer mío sin restarle nada a nadie.

Puedo cantar un salmo de David, un cantar de Salomón, pero la túnica del rey pastor y las sandalias del rey poeta, esas cosas que hicieron los obreros, que vendieron los comerciantes, que compraron los que tenían con qué comprarlas, no pueden ser mías ni de nadie. Las ideas de Platón, las de Eurípides, las claras y contundentes de Jesús, pueden ser mis ideas, mías propias, metidas en mis huesos, pero la mesa a que Platón comía, la cama en que dormía Eurípides, el plato y la copa de la cena de Cristo, esas cosas que los obreros hicieron, que los comerciantes vendieron, que compraron los que tenían con qué comprarlas, no pueden ser mías ni de nadie. Las costillas de carnero con que se desayuna el Duque de York sólo son para él; las tortillas del compañero de Xochimilco también son para él sólo; la ropa de Trotzky es sólo para Trotzky; la casa del finado Anatole France es sólo para sus herederos; en el ataúd de Wilson sólo Wilson fué enterrado, sólo Wilson cabía, y en el ataúd de Lenin cabía sólo Lenin. El intelectual, pues, se diferencia por excelencia de los demás hombres en que sus productos no son para posesión exclusiva de nadie. El intelectual no aviva el egoísmo de nadie. Por eso no vale nada, porque en nuestro mundo incomprensivo el individuo sólo vale según el egoísmo que su obra despierta en los demás.

SALOMÓN DE LA SELVA

Noches syracusanas

VII. La firma en el contrato de Fausto

Siendo yo un adolescente, devorador de clásicos, cayó en mis manos una traducción del *Fausto*. La segunda parte no la pude resistir; no veía el progreso de la acción como en *Los bandidos* de Schiller o el *Ruy Blas* de Hugo que por entonces había leído, y naturalmente no podía comprender la profundidad goethiana de ese símbolo de la humanidad a la recuesta de la perfección ideal. En cambio me deleité muchas horas en aquellos diálogos de Fausto y Wagner. Quizás si entonces escapábaseme la hondura de su ironía. Conmovíame, en cambio, aquella admiración sin límites, aquella devoción de Wagner por su venerable Fausto. El perro de aguas, los coros de los espíritus ponían asombro en mi ser. Repetía las respuestas de Mefistófeles como para exprimir su diabólica sabiduría; sentí grandes ansias de conocer el sello de Salomón que tal potencia mágica poseía como para aprisionar todo el genio del mal. Mas no fué menor mi pasmo ante el valor de Fausto para herirse y firmar con su sangre el contrato exigido por Mefistófeles.

Por mucho tiempo el *Fausto* sólo significaba para mí ese conjunto de las primeras escenas. Ha sido mucho más tarde cuando el *Fausto* se levantó ante mis ojos con toda la majestad de una inmensa catedral medioeval. Hubo un Juan Fausto dedicado a las artes mágicas allí por 1520. Las practicó en Italia y Alemania, escapó de la prisión dos veces y como se le encontrara una mañana muerto con el rostro contorsionado, se declaró que le había muerto el diablo. Yo ignoro si rejuvenecido. Y se formó la leyenda de Fausto, como la de Wagner, continuación de aquélla.

¿Qué experiencias personales, qué indujo a Marlowe a tomar esa leyenda para su drama *La historia trágica del Doctor Fausto?* ¡Quién sabe! ¡Tal vez sólo este intenso sentimiento de curiosidad por lo que parece misterioso en el Universo!

La firma del contrato en Marlowe es un acto solemne. Como en la leyenda, la sangre cesa de correr en el brazo herido, se congela y Fausto no puede escribir. Mefistófeles trae fuego para disolverla. La sangre fluye de nuevo, Fausto escribe el acto de donación y firma. Cuando ha concluído mira en su brazo escritas estas palabras: *Home, fuge.* En la leyenda la sangre tuvo una voz y pronunció esas mismas palabras: *Huye, hombre!* Fausto medita. Mefistófeles le distrae. Así se pone fin a la escena.

Otro es el *Fausto* de Goethe. Cuando Mefistófeles le invita a firmar, el Doctor responde con un torrente de espumante sarcasmo: «Y tú también pides una escritura, pobre pedante? ¿No conoces al Hombre? ¿No conoces la naturaleza del Hombre? ¿La palabra del Hombre? ¿No es bastante que yo le haya proferido?» Y el torrente continúa destrenzándose en rompientes que le dan majestad a su ironía; cuando concluye, Mefistófeles responde:

—¿Por qué esa exaltación? ¿Para qué tal derroche de oratoria? ¿Esos frenéticos ademanes? Cualquier pedazo de papel bastará. Escribe tu nombre tan sólo, aquí, con una gota de sangre.

—«Ridícula farsa—replica Fausto—pero pues que te complace».

Mefistófeles insiste: «Con sangre debe ser—la sangre tiene particulares virtudes».

Fausto firma el contrato. Que fué extendido en un tanto nada más. El Doctor no exigió copia para sí. El conocía la naturaleza del diablo, sabía la lealtad con que atendería a la perfecta complacencia de su alma. Por que aquí está ese otro distintivo de Metifistóles: no se cuida sino de las almas. Que busquen los hombres todas las ilusiones terrenas, todas las voluptuosidades del mundo, él se interesa tan sólo por las almas. Fausto pide la juventud, el amor y los placeres de la vida; Metifistóles le compra el alma.

En Marlowe Mefistófeles pregunta a Fausto: But tell me, Faustus, shall I have thy soul?—Pero dime, Fausto, —¿tendré yo tu alma?" Y en el contrato que redacta escribe: "Faustus gives to thee his soul"—Fausto te da su alma.

¿Pero es que Fausto puede hacer donación de su alma y seguir siendo Fausto? Ah! la vieja idea de que tenemos una alma, en vez de afirmar que somos una alma.

Goethe hace decir a Mefistófeles: "Me obligo a ser tu esclavo *aquí*, tu serás mi sirviente, de igual manera, *allá*." Es una dación total. Fausto se da. La expresión es más acabada, más filosófica que en *Marlowe*.

Oh, pero la sentencia de Mefistófeles, tan llena de lejana y eterna sabiduría: «Con sangre debe ser—tiene la sangre particulares virtudes».

Con sangre de mártires, con sangre de héroes, con sangre de redentores debe ser, porque tiene la sangre particulares virtudes.

VIII. La claridad en la poesía

Como pilar de reposo para el rico friso del estilo, ¿quién no ha mencionado, u oído mencionar, la claridad? ¿Acaso no está aquí la evidencia, señalando con su índice de mármol, esa preclara virtud de la bella obra literaria? «Hablamos para expresar nuestros pensamientos, nuestras emociones o cuanto sentimos»—dícesenos. «Por tanto, con el mismo fin se escribe».

El joven inexperto en materia de letras escucha, acepta, acata. Quizá está bien que tal haga. Algún día aprenderá que también se escribe para crear, para sugerir, para simbolizar, para callar, para hacer que se difunda la gracia de una fragancia de entre las flores que se esconden detrás de las palabras como tras un seto vivo.

La claridad es, talvez, una pasiva cualidad del entendimiento. Le falta la energía para ser virtud, que es toda virilidad. No crea ni intuye. Carece de la sutilidad que se insinúa, de la sutileza que vela para hacer provocativas las formas de la expresión. Pero innúmeros sentimientos, submarinos movimientos del corazón, vislumbres fugitivas de mundos interiores ni se experimentan ni se conciben con claridad.

Poemas que no lo dicen todo, pero que nos sugieren las líneas por donde puede correr nuestra fantasía, o imágenes que permiten a nuestro corazón adivinar, o le estimulan a rejuvenecer marchitas emociones olvidadas, son los que se quedan meciéndose en nuestra memoria, más armoniosamente.

¿No fué Remy de Gourmont quien dijo alguna vez que la «claridad no es una cualidad esencial de la poesía»? Pero esto ha sido conocido desde muy antiguo. El rapto creador no filtra sus advinaciones en alambiques de sigolismo. Allí, en eso, está precisamente su fuerza, su razón de ser. El artista, en su exaltación, percibe los gránulos de vida de las cosas, los sentimientos y las ideas, como el pescador advierte las perlas debajo de las ostras, en el interior de las conchas. Ningún artista concibe su obra razonando. Razona más tarde. Aun acerca de algunas de sus obras, nunca. En su *Apología* Platón hace afirmar a Sócrates que «los poetas expresan cosas divinas, pero que no saben lo que dicen.»

¡Claridad! Como si no tuviese cada hombre luz propia para iluminar el mundo. Nadie puede mirar sinceramente el Universo con una luz ajena, ni de idéntica manera en dos instantes diversos de su vida. Inútil y mezquino el esfuerzo de poeta que traicionando su visión quisiese dar claridad a sus concepciones. Porque después de bastardearlas le queda el mismo problema: ¿claridad para quién? ¿y para cuál momento de la vida de ese quién?

¿Y quién ha dicho que las cosas del arte son para satisfacer la lógica, y el razonamiento humano? El arte no es ilógico; pero abarca más que todas las lógicas. Las contradicciones que suele no aprobar la lógica por falta de claridad, son llamaradas luminosas para la sensibilidad. Si el arte del poeta fuese para la razón Euclides sería poeta más grande que Eurípides.

Es singular, por otra parte, que los poetas perínclitos de todas las edades hayan necesitado tantos comentadores. Porque, prescindiendo de los clásicos antiguos cuyos textos han necesitado una minuciosa crítica para restablecerse, los más amados han sido muy variamente comprendidos.

¿No hay una biblioteca entera para interpretar a Dante? ¿Y no son más vastas aún las que han inspirado Shakespeare y Cervantes? ¿Qué decir de la de Goethe?

Luego la cuestión de la claridad no concierne tanto al escritor como al lector. La misión del poeta es revelar la belleza de los dos universos como él los comprende, los siente o los adivina.

Aplique el lector su sensibilidad y su entendimiento a la percepción de esa belleza, a su manera, con su propia luz, con la certidumbre de que en el mejor de los casos sólo sentirá su poema en las vibraciones de la obra del poeta.

La claridad es asunto de crecimiento interno. El libro que cuando mozos arrojamos sobre la mesa, sin acabar de leerlo, es hoy el predilecto y duerme junto a nosotros. Le dejamos para dormir y con él nos regalamos al despertar.

La inspiración es siempre clara para sí misma. La poesía tiene un más alto, noble destino que demostrar para la razón: evoca, deleita, exalta, humaniza, en el más amplio y gentil sentido de esa palabra. Por eso es que la poesía profunda es contemporánea de todas las edades. Lo que los poetas destinan a sus coetáneos es lo que más pronto muere en sus obras. Talvez sobrevivan como documentos históricos, pero no como poesía.

Syracuse, N. Y. Set. 1923.

IX. Ambapali

Hay otro libro, que es también tesoro de otro pueblo, donde las almas han ido a saciar su sed de sabiduría y en donde han encontrado conforto en su dolor y abatimiento, serenidad en sus horas de tempestad y lección mansa y bella para todas las horas y vicisitudes de la vida. Es el *Maha Parinibbana Sutta*, que es objeto de reverencia para los budhistas, como son los *Evangelios* para los cristianos.

Aquí hay enseñanzas religiosas, morales y metafísicas del Señor Buddha. La incomparable belleza de su vida aquí se despliega con la gracia de una hoja de plátano que comienza a abrirse, larga, amplia, como una perpetua esperanza.

Piensa uno, por contraste, en esa fatalidad que abrevió los días de Jesús y que dejó sus enseñanzas a merced de los lejanos escribas y comentadores. ¿Qué hubiera sido del Cristianismo si Jesús hubiese enseñado también en Damasco donde las caravanas fueron siempre un río viviente que se detenía en las plazas y mercados de la ciudad o a orillas del río Abana? Si hubiera predicado en Efeso, en Atenas, Alejandria, en Roma? ¡Cuántas verídicas narraciones tendríamos acerca de su vida, su pensamiento, su filosofía! ¡Cuán diferente fuera el Cristianismo!

Pero no es mi intento comparar dos libros sino trascribir un pasaje del *Maha Parinibbana Sutta*, Capítulo II, 16-24. Le llamaré Ambapali, el nombre de la cortesana que traerá a vuestra memoria el otro de María de Magdala.

Ambas, cortesanas, ambas escuchan la palabra del Maestro, ambas les hacen ricos presentes. Continuad la comparación vosotros.

Pero no daré principio a la trascripción sin recordar que a este libro los orientalistas, que no son generosos en cuestiones de cronología india, le asignan el final del cuarto o principios del tercer siglo antes de nuestra era. Esto es, con certidumbre, cuatro siglos y medio antes de la redacción de los *Evangelios*.

«16. En este tiempo la cortesana Ambapali oyó que el Santo había llegado a Vesali y se había detenido en el huerto de los mangos que a ella pertenecía. Y dando orden de que se aprontasen muchos magníficos carruajes, subió a uno de ellos y procedió con su tren hacia el huerto. En su carruaje fué hasta donde el terreno lo consintió, luego, bajándose, anduvo hasta donde el Santo estaba y tomó asiento respetuosamente a su lado. Y cuando estuvo sentada el Santo la instruyó, la animó, la reconfortó y la alegró con plática religiosa.

17. Y luego ella—instruída, animada, reconfortada y contenta con sus palabras—dirigiéndose al Santo, dijo:

—¿Querría el Santo hacerme el

honor de tomar su comida, mañana, junto con sus hermanos, en mi casa?

Y el Santo, con su silencio, asintió. Entonces, cuando Ambapali la cortesana vio que el Santo había asentido, levantóse de su asiento, se inclinó ante él y alejándose de suerte que el Santo quedase a su derecha, partió.

18. Por este tiempo los Likkhavis de Vesali oyeron que el Santo había llegado a Vesali y se había detenido en el huerto de Ambapali. Y ordenando que se aprestasen numerosos carros magníficos, montaron en uno y procedieron con su tren a Vesali. Algunos de ellos eran de color oscuro, y llevaban adornos y trajes oscuros; otros eran de color trigueño y llevaban adornos y trajes claros; otros, de color rojo y llevaban adornos y trajes rojos; otros eran blancos, de color pálido, y llevaban adornos y trajes blancos.

19. Y Ambapali guió en dirección opuesta a los Likkhavis, eje contra eje, rueda contra rueda, yugo contra yugo, y los Likkhavis dijeron a Ambapali, la cortesana: «¿Cómo es esto, Ambapali, que tú guías así contra nosotros?»

—«Señores míos, acabo de invitar al Santo y a sus hermanos a comer mañana»—dijo ella.

—«Ambapali! Cédenos esa comida por cien mil»—dijeron ellos.

—«Señores míos, así me ofrecieran ustedes todo Vesali con sus dominios, no cedería fiesta tan honrosa.

Entonces los Likkavis, poniendo en alto los brazos exclamaron: «Nos ha vencido esta cosechadora de mangos; nos ha sobrepasado esta cosechadora de mangos!» y partieron para el huerto de Ambapali.

20. (Aquí se contiene una rápida descripción del aspecto de los Likkhavis, príncipes y nobles).

21. Y cuando hubieron guiado los carruajes hasta donde el terreno lo permitía, pusieron pie a tierra y fueron al sitio donde estaba el Santo y tomaron asiento respetuosamente a su lado. Y cuando así estuvieron el Santo los instruyó, los animó, los reconfortó y contentó con su plática religiosa.

22. Entonces ellos, instruídos, animados, reconfortados y contentos con sus palabras, dirigiéndose al Santo, le dijeron:

—¿Querría el Santo hacernos el honor de comer, mañana, en compañía de sus hermanos, en nuestra casa?

—«Oh Likkhavis, he prometido comer mañana con Ambapali», la cortesana—fué la respuesta.

Entonces los Likkhavis, alzando los brazos exclamaron: «Nos ha vencido la cosechadora de mangos! Nos ha sobrepujado la cosechadora de mangos!» Y expresando sus agradecimientos y aprobación a las palabras del Santo, levantáronse de sus asientos, se inclinaron ante el Santo y, cuidando de dejarlo siempre a su derecha, se retiraron.

23. Y hacia el fin de la noche Ambapali la cortesana preparó en su mansión arroz dulce y bollos y anunció la hora al Santo diciéndole; «La hora, mi Señor, ha llegado y la comida está lista!»

Y el Santo se vistió temprano de la mañana, tomó su escudilla y fué con sus hermanos al lugar donde estaba la mansión de la cortesana: cuando llegó aquí sentóse en el asiento para él preparado. Y Ambapali la cortesana puso el arroz dulce y los bollos delante de sus invitados, con el señor Buddha a la cabecera y les sirvió hasta cuando estuvieron satisfechos.

24. Y cuando el Santo había concluido su comida, trajo la cortesana un escabel bajo, sentóse a su lado y dirigiéndose al Santo, le dijo:

«Señor, hago presente de esta mansión a la orden de los mendicantes, de quienes es Buddha el jefe». Y el Santo aceptó el don; y después de instruirla, animarla, reconfortarla y alegrarla con su discurso religioso, se levantó de su asiento y partió de allí».

Tal es el pasaje relativo a esta Magdalena del Lejano Oriente, escrito cuatro siglos y medio antes de la redacción de los *Evangelios*.

ROBERTO BRENES MESÉN

Universidad de Syracuse,
4 de Setiembre de 1924.

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos, ni publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.

Cumpleaños

Abuelita dulce...
Hoy nuestros jardines quedarán sin flores,
las bocas sin besos, y cual campanitas
repican alegres nuestros corazones.

Uno... cien... millares...
Toma..! toma..! ¿En dónde
pondremos más besos? ¿En los algodones
de tu alba cabeza?
¿En la augusta frente? ¿Sobre los fulgores
de tus negros ojos? ¿Sellando tus labios
que son rica fuente de enseñanzas nobles?

Tus años vividos
son ochenta soles,
que alumbran la senda florida, que hollamos
con paso inocente, llenos de ilusiones.
Tu vida cristiana,
—vida de trabajo que el Señor prolongue—
tiene el misticismo, la santa belleza,
del Manual querido de mis oraciones.

Deja tus bordados, abuelita, y ponme
sobre tus rodillas. Cuenta tus mejores
cuentos... Los que me hablen
de ti... de abuelito...
aquel, cuya vida llenaste de paz y de goces.
Dime de tus hijos
que tienen a orgullo pronunciar tu nombre;
de la fuerza moral que te asiste;
de cómo se lucha.
de cómo se vence;
cómo santifican penas y dolores.
Háblame del fresco
portal, oloroso a piñuelas y a monte,
donde ponen tus manos piadosas
la labor paciente de días y noches.
Y de aquella mesa llena hasta los bordes,
que en la Noche Buena
devoramos todos con ojos glotones;
son los aguinaldos
de tus nietecitos... tns hijos... tus pobres.

Deja los bordados, abuelita, y ponme
sobre tus rodillas. Te daré millones
de besos... ¡millones!
cerrando tus ojos,
sellando tus labios
que son rica fuente de enseñanzas nobles

AURISTELA C. DE JIMÉNEZ

San José, 4 de marzo de 1925.

El retorno a la realidad

No tengo, por supuesto, ni un solo centavo en el bolsillo. Ni tampoco en el banco. Hace ya varios meses que no trabajo. Mis acreedores—dos o tres veces por día—me molestan con sus cuentas. La desesperación, la conformidad o la esperanza, llegan y me abandonan caprichosamente, borrando hasta las huellas de mi carácter, antes firme, serio y ordenado. No se qué va a suceder de mí. Veo la ruina. Veo el desastre. Los muebles de mi casa han desaparecido ya. Los libros también los he vendido. Cada vez las paredes de mi alcoba están más desnudas. Parece que la miseria estrecha su círculo. Hasta ahora lo único que se conserva intacto es mi cama, grande y de latón. Pero bien comprendo que llegará la vez en que deba venderla. Entonces dormiré sólo sobre el colchón. Un día, día próximo, día fatal, el colchón desaparecerá, y los cobertores, las fundas, las sábanas. Dormiré en el suelo. Dormiré después en los jardines, o moriré, en una de estas noches tan azules y tan frías.

He perdido toda mi familia. El único hermano que me queda vive muy lejos. No se de él. Jamás me escribe. Los menos buenos de mis amigos se alejaron a la primera embestida que dió contra mí la pobreza. Otros duraron algún tiempo más.. Ahora sólo me queda uno. Pero no quiero verlo. Me mortifica, me avergüenza su presencia. No quiero explicarle a nadie mi fracaso. No quiero recibir consejos ni compasión. Quiero estar solo, lejos de los demás. Quiero ser el único que vea el espectáculo brutal de un hombre infeliz, víctima de la miseria. No me resisto. No reacciono ¿Para qué? Soy el primero en admitir lo irremediable. Soy el primero en admitir que he sido débil, torpe, ignorante, desordenado, rebelde, inquieto, irrespetuoso, y que con tantos vicios y con tan pocas virtudes era imposible triunfar. No protesto, no maldigo, no odio. A nadie culpo, de nadie me quejo. Es mi debilidad, mi indecisión, mi orgullo, los que me han llevado hasta el precipicio. Pero en él quiero vivir. En el quiero morir. Aborrezco la alegría. Odio la luz del sol. Amo las tinieblas. Quiero morir. Morir luego, pronto, en seguida!

No duermo. Aun cuando quisiera, casi no como. Apenas puedo tomar lo indispensable, y agua, mucha agua. Camino todo el día, bajo el sol o bajo la lluvia, para cansarme. Sin rumbo, sin objeto, vago por la ciudad. Y siento mucha alegría cuando—fatigado, sin poder continuar—me doy cuenta de que estoy muy lejos de mi casa. Me subo entonces a un tranvía. Cuando viene el billetero, le doy una moneda falsa. Lo advierte y sin vergüenza alguna le digo que no tengo otra. Me bajo para repetir la hazaña una y otra vez. El día que no vean la falsedad de mi moneda, insultaré al billetero, al motorista, a los pasajeros, a todo el mundo. No quiero trabajar. Alguna vez he pedido trabajo, pero sólo para gozarme viendo que me lo negaban. Ahora visito a mis amigos para ver en sus caras el asco que les producen mis harapos. Mi última novia se negó un día a acompañarme por las calles. Hace un mes que la sigo por toda la ciudad para avergonzarla con mi presencia.

Un día insultaré o pegaré a alguien, aun cuando no haya motivo. Eso es lo de menos. Otro, robaré. Quizás llegue a matar. Todo lo haré con placer, con alegría. Con alegría y placer que nunca tuve para la ciencia, ni para los libros, ni para mis padres. Causaré daño, haré todo lo que pueda. Quiero vengarme. El mundo no ha querido que sea yo un hombre de bien. La sociedad me arroja como a estorbo. He querido—sólo una vez—volver a mi antigua situación de hombre honrado. Con brutalidad fuí rechazado ¿Para qué insistir? Es mejor soñar. Es mejor ser loco. Creer que en nuestras manos está el gobierno del mundo, nuestra felicidad, la de los demás. La vida es así fácil, menos dolorosa. Hace uno de ella lo que le da la gana. Nadie se opone. Nadie se queja. Nadie sufre.

Gozo pensando todo género de locuras. Un día tomé un automóvil que no era mío. Lo eché a andar imprimiéndole cada vez mayor velocidad. Como exhalación dejé atras la ciudad, atravesé un río, subí a una alta serranía y bien pronto llegué al mar. Y no me detuve. Seguí adelante. Metí el automóvil entre la espuma de las olas. Perdía fondo más y más. En el instante en que el agua iba a cubrirlo totalmente, el automóvil se transformó en una gran embarcación en la que yo viajaba solo. Al tercer día me aburrí y decidí regresar. El gran trasatlántico me dejó a las puertas de mi casa, con la circunstancia que me fué fácil llegar al quinto piso, pues directamente pasé del mástil mayor a la ventana.

Ahora me ocupo en estudiar los sistemas filosóficos para ver si hay alguno que esté en concordancia con los planos de mi casa, personalmente hechos y trazados. No tengo ninguna confianza en la inteligencia de los antiguos, ni menos en la de los modernos. Además, no creo que ningún filósofo haya sido bastante listo para pensar que si algo debe estar de acuerdo con la metafísica y con la moral, es el hogar, nuestra propia casa. De todos modos, quiero estudiar, quiero tener la seguridad de que nadie ha pensado esto. Así podré echárselo en cara a la Humanidad. Tal vez no lo haga. No vale la pena. Aparte de que es muy posible que mi casa nunca sea construida. Tal vez me faltará dinero, pero, en todo caso, me faltaría terreno. Tendría que hacerla en la falda de una montaña, y esto es siempre molesto. En fin, veré qué hago. Tal vez haya cosas mejores en qué pensar o qué hacer. Por ejemplo, volver a la realidad.

DANIEL COSÍO VILLEGAS

México, D. F.
1925



¿Qué hora es?...

=Sección destinada a los encargados de la enseñanza pública en escuelas y colegios.=

Palique

Los siglos XV y XVI descubrieron el mundo. Los siglos XVII y XVIII descubrieron la Ciencia. El XIX, la Historia... A los hombres de hoy, ¿qué nos queda por descubrir?

—Aunque lo que usted dice fuera enteramente la verdad—argüía Octavio de Romeu—siempre nos quedarían *los intersticios.*

* *

Al descubrimiento sistemático de uno de estos *intersticios* que nos quedan, acaban de dedicar los norteamericanos una expedición exploradora.

Canarias abajo van los navíos, con rumbo hacia la América del Sur. Azores arriba van los navíos, con rumbo hacia la América del Centro y la del Norte... El mar situado entre las Canarias y las Antillas, tal vez nadie lo había recorrido, desde las carabelas de Colón.

Contábanse de esta porción del Océano cosas estupendas. Los viejos marineros hablaban de extensiones inmensas, compuestas de algas superficiales, que ofrecen a la vista el aspecto de prados verdes, y donde las embarcaciones quedaban como apresadas; de zonas de calma absoluta, donde la navegación no es servida por ningún viento; de pulpos gigantescos, que, con la fuerza de sus tentáculos, pueden desmenuzar un bergantín. De trombas espantosas y vorágines voracísimas. De escollos y sirtes, y de fantasmales islotes sin nombre...

De estas cosas hablaban los viejos. Y los noveleros, de la Atlántida.

* *

No hay prados verdes. No hay pulpos monstruosos. No hay marasmos. No hay torbellinos. No hay islas desconocidas. No hay Atlántidas.

La expedición exploradora, organizada por los norteamericanos, emprendió el viaje el 13 del último Febrero. Tripulaba el buque *Arcturus.* Le dirigía un naturalista, especializado en los estudios oceanográficos, el doctor Beebe. Formaba parte de la misma un grupo de técnicos, entre ellos cinco señoritas... Ahora ha regresado a Nueva York.

Ha regresado, tras de recorrer en toda su extensión el mar ignoto y de practicar pescas y sondeos detenidísimos. Trae, en fauna y floraciones, un botín muy interesante.

Estos tesoros, para la ciencia. Y para la imaginación un límite. Un límite, que, es claro, significa un tesoro también...

* *

Porque el mejor regalo que se le puede hacer a un pedazo de materia viva es darle un esqueleto. Y el mejor regalo que se le puede hacer a un impulso del espíritu es darle un contorno.

* *

Atlántida nos turba mucho. ¡Tener debajo del agua a unos parientes—algo de nosotros mismos—que desconocemos y hemos olvidado!

Ahora estamos tan tranquilos. Preferimos saber de cierto que allá abajo no hay más que algas y esponjas.

* *

Ya se entiende que esto de algas y esponjas es un decir. Las redes y las sondas de los del *Arcturus* han recogido maravillas.

He aquí el pez de tres mil reflejos, el pez de la sacudida eléctrica, el pez que avanza con ocho manos. He aquí una especie de langostino ciego, pero dotado de cuatro larguísimas antenas, con las cuales el animalillo se orienta, dentro de la oscuridad en que vive. He aquí un crustáceo, de cuerpo sutil como un papel y transparente como el cristal. Y una serpiente marina, capaz de volar a través del agua, batiendo un par de alas carnosas. Y otro, dotado de una inmensa boca y de un estómago enormemente elástico, que le permite ingerir y digerir presas considerablemente superiores en volumen al de su cuerpo. Dice que pertenece a una especie hasta ayer desconocida. El doctor Beebe, con solo el hallazgo del mismo, ya se considera suficientemente pagado del tiempo que la expedición le llevó y de las fatigas experimentadas.

Pero todavía es más bello el ejemplar de una especie, que cuando desciende a la profundidad oscura se ilumina con una intensidad como de cinco mil bujías.

* *

La razón—hemos dicho muchas veces, en réplica a Pascal—tiene sus sentires, en que el corazón no palpita. Y la verdad sus maravillas, a que la fábula no alcanza.

* *

Si el doctor Beebe, con su pez de gran boca y gran estómago, se considera pagado de su trabajo, nosotros, con lo que nos dice del resplandor fisiológico de ciertas especies abismales, ya nos damos por pagados de la pérdida de la leyenda de las Atlántidas.

Todo el siglo XVIII vivió de compensaciones así. Y que sabemos que, en muchas cosas, hay que volver al siglo XVIII...

Y completar su obra, aunque no sea más que en *los intersticios.*

EUGENIO D'ORS

(De *Nuevo Mundo*, 18 setiembre de 1925. Madrid).

Poema íntimo

My eyes are homes of silent prayer
TENNYSON

Sereno, yo pliego mis manos y espero.
No cuido del viento, las olas o el mar;
no lucharé más contra mi destino
porque lo que es mío me habrá de llegar.

Reprimo la prisa, sustento tardanza
¿para que valerse de un ávido andar?
Me encuentro rodeado de eternos caminos
y aquello que es mío me habrá de llegar.

Dormido, despierto, de noche o de día
aquello que busco, buscándome está;
ningún viento puede desviarme la barca,
ni las grandes olas cambiarla podrán.

¿Qué puede pasarme porque me halle solo?
Los años futuros con gozo vendrán;
cosechará donde sembró el corazón
y el fruto de lágrimas almacenará...

Lo suyo conocen las aguas y arrastran
arroyos que cruzan tras la inmensidad;
con la misma ley fluye lo que es puro;
y adentro del alma, dicha gozará...

Las estrellas yacen de noche en el cielo,
desbordantes olas adentro del mar;
ni tiempo, ni espacio, ni hondura ni altura
aquello que es mío me arrebatarán...

ARTURO MEJÍA NIETO

Mississipí, 1925

Palabras

dichas en la Asamblea de Graduados de la Escuela Normal de Costa Rica (14-XI - 925).

Señores; jóvenes estudiantes:

Traemos al volver a esta casa amada, no sólo el saludo clásico, en que el corazón se siente inmenso para estrechar en abrazo fervoroso a la madre buena y comprensiva que nos lanzó a la vida...

Traemos algo más... devoción profunda, que me imagino análoga a la que han de sentir los peregrinos que van en caravana hacia la ciudad santa del profeta. ¡Devoción! que eso sentimos en este nuestro templo, donde se operó la mágica visión de un anhelo superior, de una conciencia capaz de realizar una obra noble, ajena a los mezquinos lazos que nos atan a la tierra.

Fué esta Alma Mater modesta y silenciosa, quien con sus preocupaciones morales nutrió las alas de nuestro espíritu, de una orientación verdadera. ¿Y qué puede tener más valor en la vida, llena como está de incomprensiones, de oscuros vacíos de ignorancia, que una lucecita que nos marque el sendero elegible a salvo de esas tinieblas que luchan para invadirlo todo? De aquí nuestra gratitud para la Madre Escuela; porque esa ha sido su preocupación constante: despertar conciencias, alumbrar senderos, proyectando a veces su luz salvadora a distancias muy lejanas.

Recuerdo ahora, y hago de este recuerdo una ofrenda a la Escuela, que hace algunos años, cuando en horas muy amargas para el país nos visitó un argentino de alma abierta como la pampa, Julio Barcos, me dijo una vez: —«Jamás he visto el estandarte de una Institución puesto más alto, ni su ideal más comprendido... Distingue a Uds. los hijos de la Escuela Normal un afán superior, una amplitud de miras característico». Motivo de agradecimiento a la Escuela ha de ser este concepto de un maestro por mil títulos estimable.

Hemos de participar hoy en la fiesta de la Escuela, alegres, porque la encontramos, no en ruinas como encontrara Pierre Loti a los lugares antes venerados, sino la misma obra palpitante y viva, el mismo espíritu que lo llena todo. Ya se ve... si es una obra del corazón..., ¿cómo podría perecer?

Alegres, sí, porque nos hacemos la ilusión de estar aún acogidos a su calorcito maternal; porque creemos vivir aún horas de fraternal convivio con los compañeros.

Huye en este momento de nuestra mente el panorama de luchas que en nueve o menos años hemos contemplado muy de cerca, para volver a refugiarnos en este regazo de paz...

Pero si hemos de revivir felices momentos pasados aquí, justo es evocar, aunque ello traiga un tinte de tristeza por lo lejano e imposible de repetirse, a quienes pusieron a nuestro servicio lo más noble de sus almas.

Es con el alma como arrodillada en una flor de luz que hemos de recordar a quienes nos hicieron sentir en la Escuela un calor de hogar; a quienes con abundancia prodigaron su sabiduría para alimentar a nuestras mentes, a quienes tocaron nuestro corazón con la mágica varita que nos llevara a encontrar la belleza y el amor como condición primordial en los seres y las cosas.

¿Cuál de nosotros no siente elevarse dentro de su alma la mira del recuerdo y devoción que ha de llegar hasta don Roberto?

¿En dónde está el indiferente en cuya conciencia no prendió jamás una inquietud, un noble anhelo en las lecciones del señor García?

¿Hubo algo de más valor en nuestra vida capaz de borrar la admiración, de apagar el ideal que con el fuego desbordante de su pensamiento y la radiante chispa de su corazón hiciera arder en él nuestro don Omar?

¡Tres columnas que sostienen el templo de nuestra vida espiritual!

¿Podrá algo empañar el recuerdo que dejara en nuestra vida don Luis Dobles, cuyas lecciones nos hacían evocar la manera amena en que se instruían los jóvenes de la Grecia? ¿No compensaba la cordialidad de don Arturo Torres el vacío que lejos de nuestros hogares sentíamos?

Sé que en el recuerdo simpático y grato que en este momento nos une, está sintetizada la significación de la Escuela en nuestra vida.

De mí sé decir que mi paso por la Escuela compensa mi «Edad de Oro» y que, aunque hubiese de vivir otra vez los dolores y congojas, ¡bien amargos que han sido! desde que de aquí me fuí, volvería a pasarlos, a cambio de volver a vivir mi año en la Escuelu Normal!

Volvemos a la Escuela no con el tributo del triunfo, que si lo hubo es mejor que lo ignoremos; traemos muchos fracasos que en vez de descorazonarnos, han puesto en nosotros más coraje. Quien lucha por un ideal, bien cruenta hallará la lucha. Es muy presto para que la legión de ciegos haya desaparecido, así que aún hemos de luchar mucho y con fé; que sólo ella logrará la conquista. Recuerdo ahora a Wilde:—«Todas las grandes obras son construidas con fe y no con dinero»—valiosa cantidad de ese lastre que nos dió esta Escuela!

La Escuela lo sabe, la lucha es ardua: con frecuencia se estrella nuestro empeño en la roca punzante de las incomprensiones y es muy lentamente que la siembra se hace. ¿Quién recogerá los frutos? Tampoco nos preocupa.

La Escuela como toda madre es desinteresada, y así, siembra y siembra...

Hagámosle en este día la más vehemente renovación por cooperar en su labor de siembra, por mantenernos erguidos bajo su estandarte noble, por luchar valientes contra la enfermedad reinante de la intolerancia y el afán retrógrado, contra los intereses mezquinos que luchan por invadir aún el campo que debiera conservarse inmaculado, de la escuela, porque es en ella donde palpita el misterio de la evolución.

Por vivir, con nuestra actitud digna, el altísimo ideal que su estandarte nos marcó.

MARTA DITTEL

San José, Nov. de 1925.

Los artículos que no lleven indicación de donde se han tomado, deben considerarse como envío directo de sus autores a este semanario.

Centenario de un colombiano ilustre

El doctor Medardo Rivas vive en nuestra memoria al lado de los grandes maestros; no tuvimos la fortuna de oír de sus labios en los sacros claustros la palabra fecunda y la enseñanza excelsa, pero sus escritos han tenido parte principalísima en la formación de nuestra intelectualidad y de nuestra espiritualidad; ellos laboraron en nuestra alma allá en los círculos más profundos y sembraron la buena simiente en terrenos aún no trasegados.

Antes de llegar cerca de la cátedra apostólica de la República, nuestro corazón y nuestro cerebro habíanse estremecido al contacto de las grandes revelaciones, merced a la comunión constante con el eximio pensador y el moralista sin tacha. Obligados por la diaria tarea estudiantil a privarnos de la sugestión de los escritores extranjeros, las obras del doctor Rivas fueron para nosotros el conductor constante de las doctrinas benéficas. De ahí las analogías de nuestro sér psiquico con las enseñanzas del maestro inolvidable; los inefables ideales y los recuerdos sublimes, todas las energías y todas las esperanzas de nuestro temperamento tuvieron en un principio un soplo de aliento, muchas veces génesis fecunda en una frase, en un episodio, en una palabra del doctor Rivas: amor a la Patria, fe en la República, culto a la Libertad, decisión por los sistemas penales sabios y acertados, veneración por las gloriosas tradiciones del pasado, independencia individualista, en fin, cuanto pueda haber de más generoso, de más levantado en el alma de un republicano.

Siempre extrañamos que en la multitud de homenajes con que se ha ornado la prensa, se hubiese olvidado de esa personalidad tan múltiple y tan fecunda; siempre fue constante anhelo nuestro llenar ese vacío y reparar esa injusticia. Hoy que el primer centenario del nacimiento del doctor Rivas (4 de junio de 1825) viene a renovar en sus admiradores el dolor de su pérdida (murió el 11 de setiembre de 1901), preséntase coyuntura oportuna para cumplir tan grato deber y aspiración tan grata. Vidas como la del doctor Rivas no son para analizadas en el vago crisol de la prensa diaria; pero preciso es que la excelsitud de su ejemplo y la majestad de su enseñanza lleguen como un rayo de luz a refrescar la oscuridad de la hora presente.

Durante medio siglo no hubo en el país idea nueva, bella o benéfica que no recibiese del doctor Rivas impulso decisivo y certero; que no tuviese en él un cantor y un apóstol. La inmensidad de su obra se extiende a todo: corregía los vicios y las costumbres sociales en cuadros amenos, salerosos y picantes, que dejaron huella profunda en su época; rendía culto ferviente a las glorias y a los prohombres de la patria, en sesudas monografías que no habrán de olvidarse; con un corazón alentado por



Medardo Rivas

la sangre de Liborio Mejía y con una justicia digna de mejores tiempos, llamaba a la *Patria Boba, Era de los Inmortales;* viajaba en el Exterior estudiando ansioso las grandes reformas y los nimios detalles, los intelectos y las virtudes, la legislación y la sociología, para luego enseñar y moralizar aquí en su tierra; daba inolvidables conferencias sobre la educación de la mujer, y de allí pasaba al claustro universitario y se hacía el verbo de la República; verdadero Adelantado de la civilización, hacía crujir el bosque y arrancaba a las selvas sus tesoros y sus secretos; su acero vibró siempre con energía y serenidad al pie de la bandera nacional; su casa fue hogar de las letras, de la prensa y de la historia.

En el taller de trabajo del doctor Rivas se conjugaban en brazo fantasmagórico la pluma, la lira, la espada, el tipo y el hacha; allí el libro que enseña, el periódico que moraliza, el arma que defiende, la prensa que multiplica. Pocas personalidades ha habido en nuestro país que hayan extendido su acción y su influencia a tan diversos campos y que hayan sido más intensamente útiles. Su labor política tuvo todas las tonalidades de su tiempo y de su escuela; fué, como sus camaradas, un visionario de la República y un trovador del Ideal: esclavitud, hacienda pública, monopolios, penalidad, instrucción, cuanto constituía el alma de la Colonia aún incrustada en los pliegues de la vieja sociedad, recibió de Rivas y de sus compañeros el aliento fecundo de los nuevos vientos y de las modernas corrientes.

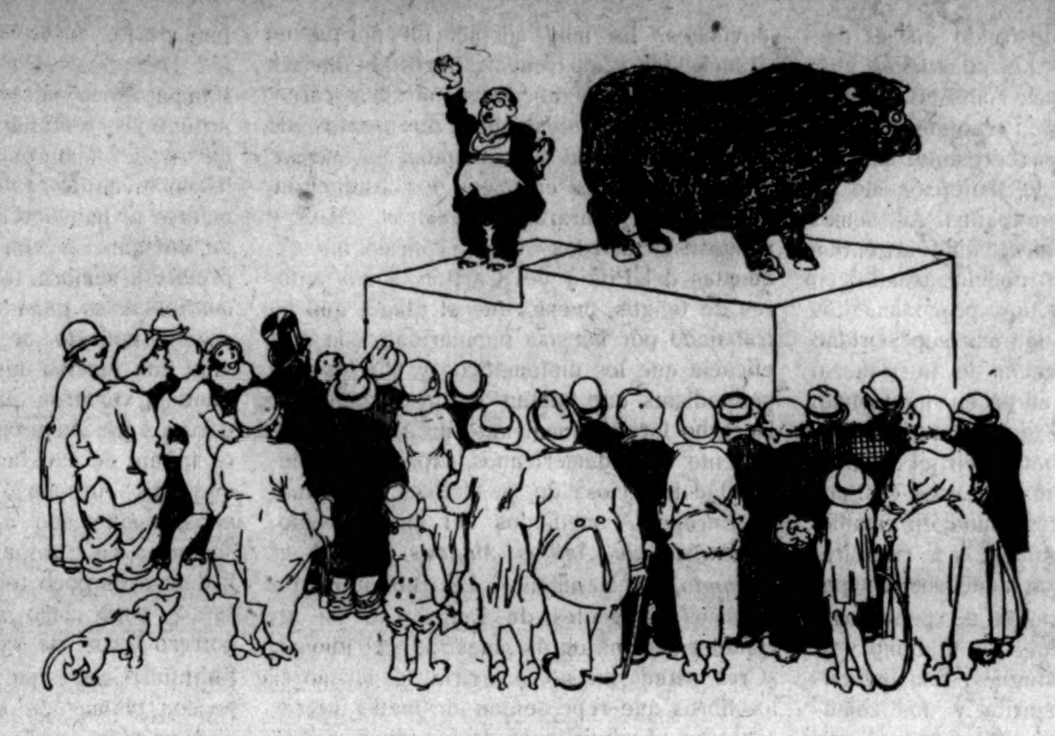
Cuando Rivas salio de la Universidad aún habia esclavos en Colombia, porque éstos eran la minería, la agricultura, el servicio doméstico; la sociedad vacilaba entre el abismo de una eterna iniquidad y la cumbre de una suprema redención; el problema estaba indeciso, la incógnita muda. Rivas, Salvador Camacho Roldán y Antonio María Pradilla pasan del claustro a la vida pública y tras de la fundación de *El Siglo*, priódico en que «predicaron, pidieron y exigieron la inmediata y absoluta abolición de la esclavitud», hicieron la más conmovedora y certera propaganda por el hecho, que acabó por imponerse con fuerza irresistible:

«El 20 de julio de 1850 se conmemoró con la libertad dada a muchos en la Plaza de Bolívar, con una solemnidad régia, a la que asistieron las más distinguidas señoras de la época, el Presidente y el Vicepresidente de la República, el Gobernador de la Provincia, todos las empleados, el Cuerpo diplomático y un concurso numeroso. Esta manumisión se hizo con el valor de una suscripción que recogieron los mismos redactores, y con la espontánea renuncia del valor de algunos negros, que sus dueños hicieron. Grande fué esta fiesta a la que contribuyeron los colombianos de todos los partidos, y recordamos aún a los Generales López, París y Barriga, dando cada uno libertad a sus esclavos. En ese magnífico espectáculo, lloraban los viejos veteranos como el General Espina, los negros al recibir el *gorro frigio*, las damas llenas de ternura y los jóvenes de entusiasmo. Los redactores de *El Siglo* merecieron el honor de ser nombrados *Vicepresidentes del Instituto africano*, fundado y sostenido en Inglaterra para la abolición de la esclavitud y del cual es primer Presidente la Reina.

»Un año después se sancionaba la ley de la abolición de la esclavitud y no quedó un esclavo en Colombia; y esto diez años antes que se hubiera declarado aquélla en el Perú; y cinco años antes que en Venezuela; ley abolicionista que fue la primera que se expidió en América y que dió el ejemplo a las demás repúblicas latinas».

Jamás en la sucesión de los pueblos pudo iniciar su carrera un joven de modo más hermoso y sugestivo; jamás un periodista pudo llenar misión más fecunda y redentora; jamás un reformador pudo hacer obra más excelsa, radical y perdurable. Si hay episodios que lo valen todo en la vida de de un hombre, la de Rivas se cristaliza en aquél; si una fecha, si una hora suelen pesar más que medio siglo en la balanza de las glorias, el 20 de julio de 50 sintetiza todas las de Medardo Rivas. El pudo haberse oscurecido desde entonces, retirándose a las labores privadas; había tenido la fortuna de ser un redentor y de cumplir una misión; habíase escrito su nombre en la página más blanca de la historia de su país, arrancando al par en pedazos la más negra de las páginas de aquélla; habíase ganado un puesto en la inmortalidad y su nombre viviría en ésta tanto como el dogma fundamental de la República y el timbre supremo

(Pasa a la página 220).



La jira maravillosa de Faithful

¿Qué podríamos hacer para que se nos conozca mejor en Europa? En Europa se ignora la vida argentina. Pertenecemos para el europeo a la confusa geografía de América, a ese Continente fantástico que se extiende, como una isla tórrida, entre los dos océanos y que se abanica al viento con las hojas de sus palmeras.

Eso me dijo nuestro secretario de Legación en Copenhague, que se halla en Buenos Aires en uso de licencia y a quien me había enviado el ministro de Relaciones Exteriores para pedirme que colaborara en un plan de propaganda en el extranjero. El joven diplomático, después de apretar con maestría su cigarro oficial, algo rebelde al tiraje, continuó desarrollando su tesis:

—El incremento del intercambio con las grandes Naciones del Viejo Mundo se ha intensificado considerablemente desde 1914. A pesar de eso se nos ignora como antes de la guerra, como antes de 1880, cuando éramos una pequeña República, y nos diferenciábamos apenas, por la violencia de las luchas internas, del nebuloso núcleo colonial. Lo demuestran los libros que se publican sobre el país. Usted habrá leído el manual de historia de M. Maurette. M. Maurette es un prestigioso profesor de París, especialista en estudios históricos, Y bien: en su reciente volumen, que sirve de texto a los alumnos de las escuelas de Francia, nos atribuye guerras que jamás hemos sostenido, y asegura con su palabra, llena de autoridad universitaria, que somos un pueblo de pieles rojas. Es inútil que nuestros embajadores y nuestros ministros den fiestas a las que asiste la aristocracia de cada capital. Ven a los argentinos irreprochablemente vestidos, que bailan con una soltura que da vértigo, y, sin embargo, no se convencen de que un país que tiene representantes de tal distinción es igual a los países de antigua cultura. Creen, sin duda, que nos disfrazamos de europeos para viajar. Nos ven en su imaginación como una tribu que vive en chozas, a la orilla del río, y que de noche, a la luz de la luna, celebra sus ritos rústicos junto al vivac en que se tuesta una res. Por fortuna, la visita de los príncipes contribuirá a qus esa leyenda empiece a desvanecerse. Humberto de Saboya y Eduardo de Windsor contarán, en Roma y en Londres, lo que somos en realidad. Han visto a Buenos Aires en el esplendor mareante de las recepciones y han tenido oportunidad de recorrer algunos lugares de las provincias. Tengo la certidumbre de que su testimonio sorprenderá al público europeo, que acabará por instruirse en los asuntos argentinos, sobre todo si le ayudamos con una difusión hábil de los conocimientos que nos favorecen, que revelan nuestro progreso y nuestro bienestar. ¿No cree usted que sería conveniente exhibir en París, en Londres, en Berlín, en Viena, películas que reflejen el adelanto de Buenos Aires? Si vieran, por eiemplo, los edificios de nuestras Facultades, las casas del barrio norte, los interiores de los principales palacios, se darían cuenta de que no somos lo que suponen.

Encendí el cigarro que me ofreció mi visitante y le contesté en un largo discurso. Le dije:

—No es la primera vez que oigo esas reflexiones. Le confieso que participo de su asombro penoso ante la inconmensurable ignorancia que muestra el europeo en lo que se refiere a la existencia de los países americanos. Pero esa ignorancia nos asombra porque se relaciona con nuestros intereses y porque disminuye en cierto modo nuestra personalidad moral. La América no es lo único que el europeo ignora. El europeo ignora lo que está fuera de los límites de su territorio nacional. Los europeos se ignoran recíprocamente. Ningún francés posee nociones geográficas precisas de Italia y serán muy contados los ingleses que sepan lo que se produce en el Mediodía de Francia. Eso se explica. Se trata de pueblos de historia milenaria que han olvidado ya las rutas de sus propias conquistas, el camino de los bosques de donde salieron para establecerse donde están y donde han formado sus lares, sus costumbres, sus idiomas. En las edades de comunicación difícil y en que la guerra, o sea la agresión para el saqueo, constituía el único medio de aproximarse, se han bastado a sí mismos, han creado sus industrias, sus artes y su ciencia. Convencidos de que no necesitan del concurso de los demás, porque ese concurso sólo se solicitaba en esos siglos para llevar a efecto empresas destructoras, se educaron en el sentimiento orgulloso de su suficiencia. No obstante eso, la civilización ha internacionalizado a esos pueblos, no tanto por la prédica de los hombres generosos que aspiraban a una vida menos cruel, como por las nuevas exigencias y las nuevas esperanzas de absorción, que han determinado en los espíritus dominadores los elementos que la civilización iba acumulando. ¿Cómo podemos pretender nosotros que nos conozcan más de lo que nos conocen? Los pueblos no se difunden en el mundo por lo que son efectivamente, sino por la forma en que gravitan en el desenvolvimiento de la humanidad. Y para gravitar sobre esa masa opaca que es la humanidad es necesario, no ya la obra civilizadora, lenta, continua y profunda, sino el transcurso del tiempo. Somos un país sin tiempo. Hemos hecho más, para el Continente y para el mundo, que muchas naciones ilustres. Lo sé, pero lo hemos hecho en una rápida centuria. Comparada con esa centuria, la tradición de cualquier aldea de Europa, de cualquier municipio de Inglaterra o de Italia, es de una vejez inmemorial. No hemos sorprendido a la tierra con ninguna de esas brutalidades gloriosas de que se entreteje la poesía épica de la historia. No hemos invadido pueblos, no hemos destruido ciudades, no hemos ahogado en charcos de sangre a familias humanas. ¿Dónde hemos estado nosotros cuando Europa, ebria de ideal místico, desoló las fértiles regiones que conducen al Asia para rescatar el Santo Sepulcro? ¿Dónde hemos estado nosotros cuando Europa se civilizaba a través de seis siglos, en medio de matanzas abominables? ¿Hemos desencadenado guerras para sostener un príncipe contra otro príncipe? Nacimos un buen día al amparo de una idea sencilla—la idea de la libertad—y nos hemos puesto a trabajar, confiados en nuestros brazos, animados por la energía con que nos nutre el suelo que aramos. Somos un pueblo tranquilo de vaqueros y de labradores, y aprovechamos lo que los demás pueblos han elaborado en sus interminables períodos de odio y de inquietud. Durante los siglos espesos de carnicería, el hombre europeo concretó la cultura, se perfeccionó en las ciencias, reconstruyó con fatigosa

penuria lo que había destruído en su desbordamiento bárbaro. Lo utilizamos y lo mejoramos quizá, porque, como no tenemos una tradición excluyente, aceptamos lo que viene de afuera, lo que representa las tradiciones múltiples, sin la limitación de las preferencias o de las antipatías. Así hemos podido fundir en la colectividad argentina razas diversas y hemos podido asimilar en el proceso económico los procedimientos heterogéneos que nos dan una superioridad evidente en la producción de la riqueza. Lo mismo sucede en el orden intelectual. Tenemos el oído hecho a las lenguas diferentes. Leemos a Rabelais en el viejo y sabroso francés que comprendemos casi por analogía con el viejo castellano; en cambio, los franceses se ven obligados a reducirlo al lenguaje moderno para que sus compatriotas estén en condiciones de penetrarlo; leemos la *Divina Comedia* en italiano y a Eça de Queiroz en portugués. Esa diversidad fecunda nuestro espíritu y nos comunica una aptitud de simpatía universal que se manifiesta en las ideas y, lo que es más importante aún, en la vida del argentino, que es un hombre fraternal, de una cordialidad fácil, de una elegría cándida que denuncia el fondo instintivo de su bondad. ¿Por qué va a ser el argentino un ser agrio y triste? En las llanuras del país florece la gracia de Dios en mares de trigo; en el cortijo canta el trabajo compensador; allá, donde el campo parecería más duro y más árido, se dilata el verdor pagano de la viña y por las dehesas enormes el ganado innúmero se multiplica en la infinita providez de la fortuna fabulosa. El argentino lo sabe. Lo sabe y siente en su corazón ese júbilo tumultuoso del adolescente que ve desplegarse delante de sus ojos ávidos de dicha el porvenir que le espera. ¿Es imprescindible al adolescente enterar de su felicidad a los que le rodean? ¿Debe amargar sus horas luminosas porque los transeúntes no advierten que va del brazo de una hermosa muchacha? ¿Qué nos proponemos como pueblo? Deseamos ser una expresión en el mundo, no por la vanidad magnífica de dirigir a los demás y de influir en el destino ajeno, sino para realizar los designios que nos señala nuestra suerte. Queremos ser una Nación cuyos individuos alcancen el máximo goce posible de los bienes materiales y de los bienes del espíritu. Esto es, aspiramos a vivir en la comodidad y en la belleza. ¿Será menor esa comodidad porque en Europa crean que usamos vinchas de plumas de avestruz, o será menor esa belleza porque M. Maurette, profesor de los Institutos de Paris, afirme que descendemos de los pieles rojas? Me dirá usted que, como cualquier aglomeración humana, coherente y organizada, no nos reducimos a criar vacas y a cosechar cereales, y que somos consumidores y productores en el mercado intelectual, y que eso lo ignoran en el extranjero Es exacto. ¿Por qué saben en Hull lo que valen los novillos que se embarcan en La Plata, y en Roubaix y en Mánchester lo que valen las lanas que les enviamos? Es muy simple. Es porque en Mánchester y en Roubaix necesitan nuestra lana y en Hull necesitan nuestra carne. Cuando necesiten también los textos de medicina que aquí se publiquen, los versos y las novelas, los europeos los traducirán, los leerán y honrarán a nuestros sabios y a nuestros artistas, como honran las orquestas del Pitz y del Carlton a los autores de tangos, puesto que el tango, que ha trabajado por nuestra popularidad con más eficacia que los diplomáticos y que los propagandistas que hablan en la Sorbona de Derecho Internacional ante un auditorio soñoliento de sudamericanos, expresa una necesidad imperiosa de la civilización actual de Europa. A mediados del siglo pasado, la *Revista de Ambos Mundos* publicó el *Facundo,* de Sarmiento. La Biblioteca de Clásicos Españoles de Leipzig lo ha incluído entre las obras maestras del idioma. ¿Cree usted que no ocurriría lo mismo si los libros que representan un matiz interesante en el movimiento de las ideas, o que significan un valor estético de verdadera originalidad, se repitieran con frecuencia? Le diré otra cosa. Los europeos viven sometidos a la tiranía monótona del prejuicio. Son hombres de una sociedad estancada que se resiste a lo nuevo con la fuerza incontrastable de la decadencia. No nos hemos incorporado todavía al prejuicio europeo. Para Europa continuamos siendo la *petite république* que Hugo amaba en los mensajes que mandaba al Continente por intermedio de los argentinos que caían a su aburrida tertulia. Nos concibe a través de nuestra manifestación primordial de riqueza, que consiste en las remesas de cereales y en las remesas de ganado. ¿Debemos indignarnos por eso? No lo creo. Al contrario. Sería provechoso que exageráramos aún más esa impresión exhibiendo con inteligencia lo que producimos. Si el Gobierno tuviese una concepción menos solemne de estos problemas y un sentido más práctico de la realidad, organizaría una exposición rotativa de ganadería y de agricultura en las capitales europeas. Yo me ofrecería para esa expedición. Instalaríamos, en un vasto local de los Campos Elíseos o del Tiergarten, una pirámide de bolsas de trigo, y en un amplio sitio, rodeado de cortinas de terciopelo. colocaríamos al campeón de este año. La gente se aglomeraría para contemplar a Faithful 20. Sus ancas pesadas se destacarían en ese ambiente severo, y su piel fina, su testuz robusta, su cabeza altivamente melancólica, con la blanca estrella en la frente, detendría la mirada sorprendida del europeo. Y yo diría en mi alocución: «He aquí un toro venido de la Argentiua. Con lo que vale este toro, nacido en los fundos de mi patria, se puede adquirir el castillo más bello de Francia; con su moblaje suntuoso, con sus memorias olvidadas. ¿Producís, vosotros, animales de lámina tan soberbia? Faithtul no es el producto de un ganadero. Es el índice de una ganadería. Nada igual han visto los criadores tradicionales de Inglaterra. Somos el país de los toros, somos la República de los chacareros. Por las extensiones de la Pampa, en lo más remoto de las latitudes argentinas, Faithful representa nuestra conquista de hombres pacíficos que no han hecho inventos en la física siniestra de la muerte ni han descubierto sistemas sutiles de intriga. Se han dedicado a labrar su predio, a sembrar el trigo que coméis y a multiplicar el ganado que traemos, con el orgullo honesto de los que realizan en la vida una función meritoria. Venid a la Argentina, vosotros que gemís en la miseria oscura, que vegetáis en el encono y que os infláis de satisfacción ante la certeza de que sois europeos. Nosotros somos europeos, puesto que aplicamos las ideas que se forjan en Europa. Venid a la Argentina, y dentro de poco tendréis en la chacra bolsas de trigo como éste, y tendréis en el potrero toros de compactos flancos como Faithful. Creeis que cubrimos nuestro cuerpo con plumas de aves policromas y que vivimos a la sombra de la palmera como los negros del Centro de Africa. ¿No es así? No creéis que somos una civilización, porque no hemos cometido los crímenes espantosos que forman los sucesos repetidos de que la civilización emana. Os equivocáis. Nuestra importancia en el mundo radica precisamente en el hecho de que somos una civilización que elimina el crimen. ¿Qué es una civilización? Es la suma de la riqueza, o sea la facilidad de vida determinada por una suma de conocimientos que permiten disfrutarla elevadamente. No hay civilización sin riqueza. Los pueblos indigentes desconocen la vida civilizada. El hombre piensa en las cosas superiores cuando la pobreza no lo extrangula, cuando la angustia no lo atormenta. Nosotros tenemos el trigo, las vacas, las industrias, el comercio. Para que Faithful os deslumbre con sus macizos costados de mole ha sido indispensable que lleguemos a un régimen armonioso de vida completa, familiarizarnos con todo lo que la humanidad ha construído y pensado, y lo apliquemos en los lineamientos de una comunidad compleja y madura. Vosotros no lo comprendéis. Mas, vendrá el instante en que no tendréis más remedio que comprenderlo. Un país de trabajadores que elabora riqueza es un emporio poliforme donde se medita sobre las cuestiones perdurables que interesan a la humanidad. Faithful es un símbolo. Atestigua, en su solidez prodigiosa, la voluntad apacible e inconmovible de un pueblo sereno, que proporciona a sus individuos la seguridad del patrimonio y la posibilidad de desenvolverse en la plenitud de sus cualidades. Así como el escultor necesita mármol para esculpir, los pueblos necesitan la riqueza para florecer en el espíritu. Reflexionad sobre lo que significa Faithful. ¿Es compatible la civilización técnica que supone ese ejemplar resplandeciente con la primitividad en que nos imagináis?»

Y dirigiéndome al secretario de la Legación en Copenhague, que me oía con azoramiento, terminé de esta manera:

—No nos preocupemos del desconocimiento de la vida argentina en Europa. Es una preocupación humillante y cómica a la vez. Preocupémonos en cuidar nuestro país por dentro, en perfeccionarnos, en mejorar nuestras condiciones efectivas, en atenuar nuestros defectos. Gravitamos en el mundo. No nos importe que el mundo no lo sepa. Tengamos la orgullosa alegría de vivir para nosotros, y así como en el extranjero se conoce lo que el país le ofrece de aprovechable, se tendrá igualmente una noción cabal de lo que somos moralmente cuando nuestro espíritu adquiera para los demás la medida perceptible que se descubre en nuestra riqueza.

ALBERTO GERCHUNOFF

(De *La Nación*, Buenos Aires).

El culto del pobre

Ya un pensador argentino, Leopoldo Lugones, escribió acerca del culto del pobre que descansa en la resignación, y que forma, según el maestro, un imperio de mal perpetuo sobre los hombres.

Conviene ahora, siguiendo el rumbo de la observación, insistir en que las actuales circunstancias [1] no deben llenar de inercia y resignación el espíritu del pobre, que generalmente acepta los actos de su vida como si fueran realmente designios o pruebas a que ineludiblemente estuviera esclavizado.

El hombre puede, mediante los poderes que consigo lleva, cambiar el rumbo de su vida, y los maravillosos poderes a que aludimos son el valor y la confianza, alimentados por esa fuerza milagrosa que se llama voluntad.

Una voluntad bien dirigida es capaz de conseguirlo. Y no hay otro camino que seguir, cuando se trata de mejorarlo todo, inclusive el *carácter*, que el cambio de *costumbre o modo de pensar*, para, de esta manera, no ser esclavo de la serie de prejuicios que pueblan el mundo donde se coloca el hombre.

Los ejemplos se encuentran a cada paso y ello fortalecerán el ánimo de quienes duden acerca de la gran verdad del asunto.

El optimismo y la voluntad de Lincoln, que fué pobre y agricultor, señala un derrotero seguro a quienes, como él, ponen una pequeña parte del esfuerzo en la tarea o ideal que se persigue.

Un gran filósofo oriental, Vivekananda, ha dicho que si los hombres se creen pecadores, en pecadores se convierten: tal es la fuerza del pensamiento; pues bien, si los pobres piensan en que ya son aptos, el éxito, la alegría y la aptitud aparecerán enseguida. Y por estas mismas razones es que también se ha dicho que ningún hombre está irremisiblemente perdido. El pobre debe tener confianza de mejoría. Los éxitos en la vida de los negocios, en la suerte de la familia, etc., tienen origen en el pensamiento.

Un hombre será optimista, sano o religioso cuando de verdad lo quiera ser, y para ello empezará por no lamentarse del estado en que se encuentre, y abominará la costumbre de maldecir la vida y la hora. Por el contrario, siempre esperará mejor suerte, *el un momento a otro* que salva y corrige los traspiés del día anterior.

Muchos pobres reniegan de la ocupación, del oficio del día, y tras salir agotados del trabajo, vuelven a sus hogares llenos de tristeza; pero en cambio, el hombre que mira inteligentemente la obra que hace durante el día, por humilde y sencilla que sea, obtiene con ello una gran satisfacción y prepara mejores días.

En Londres se ha observado al barredor de calles hacer su tarea con alegría, a veces cantando. Ellos piensan que con aquellos deshechos contribuyen a que la tierra se vigorice, y así, siguiendo el hilo del pensamiento ennoblecedor, convierten su tarea en un acto interesante.

Los hombres, ricos y pobres, tienen una fuente común de alegría y de vida. Tras la vida de cada hombre existen grandes posibilidades de éxito y de salvación. Resignarse a vivir siempre llenos de pobreza y sentirse abatidos, no debe ser propio ni natural.

Las naciones donde se mira con horror el *culto del pobre*, se levantan como por encanto sobre la ruina, y lo que antes empobrecía o detenía el avance de la civilización, se deshace con el pensamiento de los hombres esforzados.

El culto del pobre, la *resignación*, debe abolirse por completo. Es ella fuente de mal. Erigir la *resignación* a la categoría de principio, «equivale a glorificar la esclavitud».

La resignación también supone miseria, y por eso la miseria no debe tolerarse. El pobre que es resignado es un esclavo no sólo de sí mismo, sino del mundo, y el mundo que engaña los sentidos del hombre, lo convierte en su víctima. Por lo tanto, si los hombres no rindieran culto a la resignación muy pronto convertirían el signo de su *mala estrella* en perspectivas felices, en semillero de esperanzas, y luego sospecharían la existencia de otras grandes verdades que no se manifiestan entre tanto no se libren del culto que Lugones llama del pobre.

No debe esperar el hombre su salvación de *afuera;* en su propio corazón tiene y lleva los grandes secretos que le darán la felicidad.

JORGE CARDONA

San José, Costa Rica.

[1] Escrito en marzo de 1924, época de los terremotos.

Reminiscencia pueril

Fuerte, curtido al sol, de vida lleno,
con doce años amables y divinos,
me miraron los soles ponentinos
hurtar la fruta del cercado ajeno.

La hija del mayoral con risas locas
entre sus labios moras me ofrecía,
y al reventar en sangre ella decía:
hemos matado un beso en nuestras bocas.

Robaba a las abejas sus panales
para la amada; y una vez joviales,
al hundirnos los dos en la florida

montonera de mies recién segada,
se insinuó entre mi sangre alborotada
el placer venusino de la vida.

EDMUNDO VELÁSQUEZ

San José de Costa Rica.

Centenario...

(Viene de la página 216)

de la Patria. «No habrá esclavos en esta tierra, el esclavo que la pise quedará libre», ha dicho desde entonces la Constitución de Colombia.

Igualmente la obra intelectual de don Medardo tuvo todos los acentos y todas las armonías: el episodio, la tradición, la crítica, la historia, la biografía, el picaresco cuadro de costumbres, la novela sentimental, el relato dramático; la sonrisa burlona, el grito de dolor, el gemido suave, la nota tierna, la frase severa, el latigazo de la indignación. Cualquiera que sea el juicio que sobre su forma y su desarrollo se haga, no se puede negar que pocos escritores ha habido en esta tierra que hayan sido tan bella y tan generosamente intencionados; no hay una página, en muchas ocasiones una línea de cuantas escribió Rivas, que no tienda a reparar una injusticia, a aplaudir un progreso, a combatir un error, a iniciar una reforma, a alentar una esperanza, a despejar una incógnita, a propagar una idea, a combatir un vicio, a castigar una infamia. Su mesa de escritorio fue una inmensa cátedra, desde donde prodigó al país, por diez lustros, toda la magnitud de su enseñanza y todo el esfuerzo de su buena voluntad.

Admírase verdaderamente la opulenta multiplicidad de sus facultades y de su ilustración: sea cuales fueren sus frutos, revélanse en éstos claramente un raro poder de asimilación y de producción: filósofo, jurista, hombre de Estado, político, militar, literato, poeta, dramaturgo, agricultor, periodista, tipógrafo, poseía vastos y generales conocimientos en los varios ramos que en su larga vida le tocó en suerte cultivar, demostrándose siempre verdadero señor de la Erudición. Harto conocidas son sus obras para que pretendamos hacer siquiera un mediano análisis de ellas; su simple enumeración embargaría buen espacio. Su volumen de *Miscelánea* encierra todos los géneros y todas las maneras; con sorprendente facilidad se pasea el escritor por todos los campos y varía el tono, el argumento cual si apenas diese vuelta a la hoja; tras la nota trágica, tras el severo relato, vienen la leyenda amena, el cuadro realista, la crítica chispeante. Sus *Viajes* son un conjunto en que el autor derrocha también todas las maneras de la escritura, de la observación y de la ilustración: Sus *Conferencias sobre la educación de la mujer* llenaron un vacío y cumplieron una misión santa y emancipadora; lo mismo puede decirse de sus *Errores de la Justicia y Víctimas humanas en Colombia;* libro que es un himno a la sabia legislación y un azotazo tremendo a los verdugos de todos los tiempos. Ultimamente publicó dos folletos interesantes—porque Rivas tuvo siempre la oportunidad de lo interesante, de lo más palpitante y bienhechor de cada momento: *La cuestión social:*—conferencia en un club de artesanos y *Estudio sobre el origen de la legislación patria,* dedicado a la Sociedad Colombiana de Jurisprudencia, cuando ésta se honró discerniéndole un diploma. Fué, periodista, uno de esos incansables zapadores de la idea, y ante todo y por sobre todo lo que debía ser: un moralista, un propagandista de la verdad, un corrector de vicios. Su *Revista de Colombia,* que redactó y sostuvo sólo por muchos años, fue uno de esos monumentos levantados a la prensa, que no habrán de perecer al peso de los años, pues que sus enseñanzas y reformas viven en las costumbres sociales, aun más que en los anaqueles de las bibliotecas.

La labor editorial del doctor Rivas fue única en su tiempo. Fundó su casa tipográfica en 1867, y allí, en una labor de treinta años, al propio tiempo que levantó lenta y sólidamente una fortuna, quiso elevar un monumento a las glorias de la Patria y acometió la publicación de las *Obras Históricas de Colombia.* Hizo allí dos ediciones de la *Historia de la Nueva Granada,* por don José Manuel Groot; reimprimió la *Historia de la Conquista,* por Fernández Piedrahita, sobre la edición agotada de Amberes, hecha en el siglo XVII; y por primera vez, sobre los manuscritos que yacían en nuestra Biblioteca Nacional, dio a luz en varios tomos las importantes *Noticias Historiales del Padre Simón.* El Congreso de Colombia había dado una ley para encomendar al doctor Rivas la tarea de salvar nuestros archivos y conservar por la prensa nuestras glorias históricas; pero como el estado del Tesoro Nacional no permitía cumplir aquellos nobles deseos de nuestros legisladores, el doctor Rivas acometió esa empresa con sus propios recursos.

Como ciudadano fue Rivas un excelentísimo del trabajo, que compartía entre la imprenta y la agricultura—entre la luz y la vida, entre el pensamiento y el brazo, entre la idea y el producto; dedicó, pues, sus energías a servir hábilmente los dos grandes resortes del mecanismo social. Natural era que fundase, pues, uno de esos hogares donde en raro y hermoso consorcio ofician la Virtud, el Talento y el Arte.

Rivas político, Rivas ciudadano, Rivas hombre de Estado, fue autor de la abolición de la esclavitud; Rivas escritor, hombre de corazón, fue quien trazó esa página tierna y sentida, *El retrato de mi madre.*

Pero de cuantas obras dejó Rivas, ninguna que merezca con más justicia los agasajos de la hora presente que su última, *Trabajadores en tierra caliente.* Es ella una reivindicación y un ejemplo: en este país se recuerda por muchos años al merquetrefe que supo insultar a un venerable o que supo adular a un poderoso: pero aquellos que, dejando familia y halagos ciudadanos, y amor y dicha y sociedad, fueron a consumir su juventud entre las selvas, no habían tenido antes de tal libro un historiador. Y sin embargo, esos, y entre ellos Rivas, han sido los verdaderos, quizás los únicos fundadores del progreso, cuando todo se haya hundido en el caos de las conmociones políticas, las conquistas de la agricultura y la ganadería serán tan sólo la salvación de la patria. Quien descuaja una hectárea de bosque, quien gana así para siempre una pulgada de terreno para la civilización, cumple una obra más sólida, más fecunda y más republicana que todos los peroradores juntos; republicana sí, pues que la redención económica será la única que pueda fundar el sistema representativo sobre sólidas e independientes bases.

Así, reparando una injusticia con la pluma, redimiendo del olvido a los grandes obreros del Progreso, como en su juventud había manumitido a los infelices oprimidos del Pasado, se durmió el doctor Rivas en el eterno sueño abrumado por la inmensidad de la labor...

ARTURO QUIJANO

(De *Bogotá y Santafé,* Bogotá).

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por
J. GARCÍA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	₡ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5 % de descuento. En el anual, un 10 %.

Puntos de vista

Sibi, rey de Usinara, era recto, leal
y generoso
para
con todo sér viviente. Narra el Libro, que un día
los dioses le pusieron a prueba cuando, exhausto
de ayunar y velar, su holocausto ofrecía.
Y fué el caso que el dios Agni, con sesgo vuelo
azorado—en figura de una oscura corneja
seguida de un halcón de ancha garra bermeja—
pidióle amparo al rey y el rey calmó su anhelo.
(El rapaz no era otro que Indra, un dios del Cielo).
Libre de su enemigo, la corneja temblaba
mirándolo. El halcón le dijo al rey: «Entrega
oh, rey equitativo, esa ave que es tan mía:
vuélvemela al momento, pues de lo alto venía
predestinada para servirme de alimento».
Y Sibi, por salvar la indefensa criatura,
abogó en su favor con pródiga dulzura,
Entonces, el halcón apeló al justiciero
espíritu de Sibi, y le puso el dilema,
«o me entregas al punto la corneja o me das
su peso en carne tuya: lo que te guste más!»
Sonriendo el buen rey, permitió se cortara
tanto para el rapaz cuanto el ave pesara.
Y, trozo a trozo, fué cayendo en el platillo
la carne desgarrada de Sibi, sin que el fiel
equilibrase nunca la balanza crüel:
faltaba siempre peso al tributo doliente
del buen Sibi. Oh misterio!

Aquel rey inocente
se dejó desollar, sin gemir ni una queja,
por librar de un halcón una simple corneja,
y concluyó, a la postre, por sentarse en el plato
y dar todo su sér por otro.
«Su arrebato
de amor—claman los dioses—y su noble abandono
le han conquistado en medio de nuestra corte, un trono...»
Hé aquí el episodio, tal como lo relata
la edición de Calcuta, del santo Mahabharata,
dijo Shib Junder Bose al joven deportista
que con él estudiaba el sánscrito—. «¿No inquieta
a usted el alma tierna de aquel raro monarca,
su heroico sacrificio, su amor y cuanto abarca
en proyección moral esa alma de poeta?»
Y el discípulo dijo: «Maestro, en ese asunto
nada de amor, ni de ética, ni de ilusión barrunto.
Para mí fué aquel caso un caso de escopeta:
que pase la corneja, sigue el halcón, yo apunto
y él baja hecho un ovillo (con plomo o a saeta)
Sálvase la corneja y aún vive el rey, pregunto?
Mi solución no amengua la luz del Mahabharata,
aunque sí es más inglesa y un poco más barata».

GUILLERMO VALENCIA

Bogotá, noviembre de 1925.

(El Tiempo, Bogotá),

Comentario

...Y como aquello era ya en la esquina de Arrancaplumas, me bajé del tranvía, para ir a comentar con un amigo la última producción literaria del maestro Guillermo Valencia, titulada *Puntos de Vista*.

—¿Qué crees tú que quiera decir el maestro en esos versos tan bellos?

Yo releí:

—«Aquel rey inocente
se dejó desollar, sin gemir ni una queja,
por librar de un halcón una simple corneja».

Luego, poniéndome el dedo índice sobre el entrecejo; y para que mi amigo me siga teniendo por erudito, le dije con toda suficiencia:

—El maestro está torturado por todo lo que le han dicho con motivo de su actitud en el asunto de la pena de muerte. El ha querido en esta admirable composición, hacer su pintura. Es el buen rey Sibi, que entrega sus carnes a la inclemente laceración, para salvar del halcón, que en este caso es el delito, a la infeliz corneja, que debe ser la sociedad,

—Sí, señor, me dijo mi amigo, dando un golpe con las manos, y despidiéndose apresuradamente, para ir a echar a los cuatro vientos esa interpretación, que a él, como conservador, le pareció admirable.

Yo seguí mi camino sin rumbo alguno, pensando a la vez en esa literatura hindú, que tan bien sabe interpretar Valencia, pero que no quiere aplicar en los asuntos que se relacionan con nuestras luchas políticas. ¿No recuerda el maestro admirable y admirado aquella bella leyenda que se llama el *Megadula* o nube mensajera.?

Un dios de esos tan buenos como Sibi, le dió a cuidar a uno de sus súbditos el estanque donde florecen los lotos de oro.

El hombre, enamorado de una *chandala*, abandonó una noche su puesto para ir a pasar unas horas del plenilunio en unión de su compañera.

Cuando volvió a despuntar el día, encontró que los elefantes blancos, a quienes nadie osa contrariar, se habían bañado en el estanque y habían destruído los lotos de oro.

El dios le dijo:

—Has cometido la falta más grave que un siervo mío puede cometer. En castigo dejarás de ver durante un año los ojos de tu amada, pero te dejo las nubes para que le envíes mensajes de cariño con ellas.

Así practicaban entonces su justicia esos dioses benévolos. Aun el mismo Agni (el fuego), a quien el maestro Valencia pone como encarnado en la corneja, y a quien Sita, la noble esposa de Rama, no pudo convencer a que la recibiese en su seno.

Esos dioses, que a la hora del triunfo solamente sabían responder a quienes les decían que hicieran uso de la potestad que les daba el poder después de la victoria, así:

—Nosotros no queremos que muera nadie, y pedimos la resurrección para todos nuestros enemigos y que vivan mientras la tierra exista, teniendo al alcance de su mano ríos de todos los líquidos que les sean agradables y frutos de todos los árboles, aun en el tiempo en que no sea la estación propicia.

Así termina por lo menos el Ramayana, que para mí es tan bello como el Mahabharata, del cual sacó su admirabte motivo el maestro Guillermo Valencia.

JOAQUÍN QUIJANO MANTILLA

Noviembre, 1925.

(De *El Tiempo*, Bogotá).

Bajo el cielo de Iberia

El calvario de Aimee Dostoyewsky

Qué cosa tan amarga y tan triste es a veces el destino de los grandes escritores! Se pasan la vida soñando y suspirando, corriendo detrás de quimeras, de esas quimeras que como algunas mujeres no se acercan, sino que huyen más, se hacen más irreales cuanto más se las persigue y que terminan por dar sus amores y sus besos a los que las desdeñan, a los que sin ellas sabrían vivir. Y con todo, no es lo peor esa como fatalidad que, mientras viven, aqueja a los grandes escritores y en general a todos los artistas. Porque les queda aún la esperanza en la gloria póstuma, la ilusión de ser amados y comprendidos y ensalzados cuando ya no existan. A veces, para que un escritor viva realmente le es preciso morir. Así ocurrió con Baudelaire. Así ocurre ahora con Guy de Maupassant, que cada un día que pasa gana más devotos. Así viene ocurriendo con Angel Ganivet. Y ese fué el caso de Sthendal, que trabajó y luchó convencido de que sus libros sólo serían apreciados veinte años después de su muerte. ¡Qué capacidad de resignación—y qué alto orgullo al mismo tiempo!—supone esa actitud de espera, de altivez, de confianza en un mañana lejano, demasiado lejano, porque vendrá después de la Nada y porque el barullo y el tropel de la fama llegarán cuando todo, de lo que fuimos, no será más que silencio y polvo de tumba! Es el supremo estoicismo del amor al renombre.

Pero, lo repito, hay algo que debe ser mucho más triste que el no ver realizados, en plena vida, los ensueños que dan una razón de ser y un sentido a la vida misma. Y es que los hijos, los hijos de nuestra carne y de nuestra sangre, no los otros, los de la imaginación, sufran humildes penas humanas y arrastren por el mundo el dolor y la miseria y llanto amargo de infortunio. ¿Por qué se casarán y tendrán familia igual que los demás hombres los artistas, los visionarios, los inconformes, los espoleados por el anhelo de la inmortalidad? (El hombre fuerte, decía Ibsen, es el hombre solo). Al universo de los fantasmas amigos quieren oponer el otro, el real, y como si no les bastara imaginar tragedia y desolación, a esa existencia anímica, inconsútil, de los seres supuestos, añaden la otra de las criaturas tangibles, corpóreas, hecha para el dolor ineluctable.

¿No véis lo que pasa en estos momentos con la hija de Fedor Dostoyewsky? La pobre muchacha muere de inanición en una vieja ciudad alemana. En la que heredó el nombre del admirable novelador, de aquel epiléptico sombrío y calofriante que concibió *La Casa Muerta*, del infeliz desterrado de Tobolsk, se encarna nuevamente la injusticia humana. Como su padre insigne en los días atroces en que escribía *El Jugador*, Aimée Dostoyewsky, que ya no es joven, no tiene bastante pan que llevar a la boca, carece de hogar, vive solitaria, errante, comida de deudas. ¿De qué le sirve ser la hija del escritor acaso más grande de Rusia y que los libros de su padre hayan enriquecido y enriquezcan aún a editores sin entrañas? ¡Pobre Aimée, tan rubia, tan dulce, tan humilde y al parecer tan buena!

¡Cómo la evoco ahora, y con qué dolor que no me confieso, en esta soledad poblada de recuerdos del cuarto en que trabajo! Pero entonces, cuando nos conocimos, todavía acariciaba ella esperanzas. Su miseria era limpia, pudorosa, miseria resignada de mujer inteligente y sin belleza. Confiaba en la venta de un libro que escribía a la sazón sobre la vida y la obra de su padre. Un libro inédito, ¿no es siempre algo como un amor nuevo que llama a nuestro corazon haciéndonos vibrar de presentimientos, dándonos el temblor y la emoción del ensueño al fin logrado...? Fué en Bex, una pequeña localidad del Cantón de Vaud, en Suiza, donde se estrecharon nuestras manos. Ella iba hacia la montaña, hacia Chesieres, de donde yo descendía. En alguna crónica, publicada en estas mismas columnas, yo dejé la impresión que me produjo aquel encuentro. Con qué respetuosa devoción yo oí a Aimée hablarme del padre muerto, del afán que ponía en su pluma para terminar pronto el primer tomo de su biografía, de su entrañado cariño por la memoria augusta de Dostoyewsky!

Bien recuerdo la pequeña estación, agobiada bajo el sol, en que transcurrió nuestra charla. Gente diversa se apretaba en derredor y, un hombre como de sesenta años, lleno de arrugas y con los cabellos blancos, que ocupaba el sitio más inmediato al mío, seguía la conversación con indiscreta e irónica curiosidad. Yo no sabía si aquel desconocido al sonreír sonreía por mi francés incipiente o por la ingenuidad aparente de mis preguntas. ¡Qué podía importarme ni interesarme entonces la burla de un transeúnte! Yo traía de allá arriba, de la alta montaña que había confortado mis pulmones, vigor, entusiasmos, ilusiones y, lo que valía más, la conciencia plena de mi juventud, de esa reidora juventud que se basta a sí misma y se cree dueña del mundo porque posee un amor...

Hablamos largo tiempo y prometimos vernos más tarde en Lausana, donde ella residía habitualmente. Cuando partió el tren, dije adiós a Aimée Dostoyewsky sin dolor, sin inquietud, lejos yo entonces de suponer que un día, pasados ya siete largos veranos, hasta mí llegaría el eco apagado de su miseria sin redención, de su horrenda congoja solitaria en una áspera y desdeñosa ciudad germánica. Así, el dolor de miseria que atormentó a Dostoyewsky a su paso por el mundo, se ceba en la indefensa mujer que heredó su nombre glorioso. Todo, desde aquel lejano día estival en que la conocí, a este de hoy, ha cambiado para ella. Se publicó el libro, (¿llegó realmente a publicarse?) es decir floreció el rosal, llegó el amor presentido y al final lo de siempre: desencanto, realidad, ilusión deshecha... Y la Vida, que se transforma cada minuto, ha seguido igual, no obstante: por el mismo sendero que conduce de Bex a Chesieres, otras almas y otros hombres andarán ahora afanosos, unas como usted aquel día, Aimée Dostoyewsky, hacia la cima que es liberación y silencio, otros como yo entonces, hacia la vasta llanura que en los días felices parece llamarnos como una mano dorada. Y por las tardes de azul, borrachas de sol y de fragancias, en las jocundas horas estivales cantará el mismo silencio milenario...

¿Tendria razón aquel sexagenario irónico que sonreía del fervor de su fe de escritora y de mi bella ingenuidad de extranjero?...

J. de la Luz León

(De *El Mundo*, Habana).

Próximo Convivio: La tercera seria de las *Páginas Escogidas* de Renán, en la fina versión de Cornelio Hispano.

Una jornada interesante

La tolerancia de cultos en el Perú. - Una sesión excepcional en el Congreso. - Las señoras de la Unión Católica asisten a las galerías. Manifestaciones hostiles a la reforma del artículo cuarto. - El Presidente del Congreso Dr. Peña Murrieta, promulga la ley en medio de un gran alboroto. - Manifestaciones en las calles de la ciudad y en los templos. - Banquete al Presidente del Congreso en el Restaurant del Parque Zoológico.

NADA justifica que la promulgación por el Congreso, de la ley que reforma el artículo cuarto de nuestra Carta Política, motivara las tumultuosas agitaciones que se produjeron ayer en el recinto de ese alto cuerpo al llenarse aquel trámite constitucional. Quizás el hecho de que se convocara especialmente a las cámaras para el solo objeto de promulgar esa ley contribuyó a dar al asunto una importancia excepcional que sirvió de pretexto para demostraciones encaminadas a perturbar la tranquila promulgación de la referida ley por el Presidente del Congreso.

Sensible es que los directores espirituales de las señoras de Lima les hayan inculcado la falsa idea de que tolerar un culto extraño es ofender el propio culto; pues el respeto que merece la conciencia ajena es una manifestación de progreso en las sociedades modernas, que no está ciertamente reñido con el espíritu religioso de quienes profesan el credo católico en el Perú; como no lo está con el de los prosélitos de otras religiones imperantes en pueblos civilizados de Europa y América, donde los católicos que son minoría gozan de libertad completa para celebrar su culto.

Así como fuera del país, en naciones protestantes, pueden los peruanos concurrir libremente a sus templos católicos, así se ha concedido a los que profesan en el Perú religión distinta de la nuestra el derecho de rendirle culto bajo el amparo de nuestras leyes tutelares, sin que les sea preciso ocultarse, con tal propósito, como si cometieran un delito.

Este es el alcance de la reforma del artículo 4.º de la Constitución; y estamos seguros de que si así lo hubieran explicado a sus feligreses, los miembros del clero nacional, no se habría inducido a un grupo respetable de señoras de Lima a manifestar una intransigencia religiosa injustificada, desde las galerías del Congreso, el día de ayer, ni se les habría estimulado a asumir actitud de protesta bulliciosa contra el Parlamento, cuando éste se reunía para ejercer elevadas funciones públicas.

El asunto debió mirarse con menor violencia, desde que hoy, promulgada la reforma del artículo 4.º de la Constitución, continúa la religión católica gozando en el Perú de las mismas preeminencias que antes tenía. Sigue siendo, como lo era ayer, la de la nación peruana, protegida por el Estado, mientras que, en la gran mayoría de los pueblos, se ha dado un paso más en estas materias, estableciéndose una completa libertad de cultos.

No había, por lo tanto, motivo para que se suscitara ayer la algarada con que se quiso impedir la promulgación de esa reforma, y que pudo haber originado un serio conflicto o, cuando menos, una molestia dada la calidad de las personas que asistían a las galerías del Congreso, si el Presidente de ese alto cuerpo, doctor Rodrigo Peña Murrieta, y los Secretarios que le acompañaban, señores Rojas Loayza y Carrillo, no hubieran procedido con laudable templanza, poniendo término al asunto, en forma acertada, sin que las escenas de resistencia y aun de agresión, promovidas por los recalcitrantes representantes que quisieron oponerse a que la reforma fuera promulgada, perturbase la serenidad de su criterio.

Así, el acto primo del sacerdote doctor Díaz, que arrebató de la mesa y pretendió rasgar la autógrafa de la ley ya promulgada; acto gravísimo pero quizás excusable en él, que procedía a impulsos del fanatismo religioso, pasión que como todas las humanas y tal vez más que muchas de ellas ofuscan e irritan a los que la padecen, no tuvo trascendencia alguna; reduciéndose a un mero episodio de la sesión de ayer, que habría sido preferible para todos, inclusive para el elemento clerical organizador de las manifestaciones que nos ocupan, hubiese transcurrido como las demás; sin que se produjeran en ella hechos extraños a la ponderación y altura con que este género de asuntos debe ser resueltos siempre en una sociedad tan culta como la nuestra.

Por fortuna, lo ocurrido ayer, inclusive las manifestaciones producidas, a favor y en contra de la tolerancia de cultos, no revela estado alguno de excitación religiosa en el país. Se trata de una efervescencia momentánea; de suerte que todo ha concluído hoy, y el Perú continuará gozando de la tranquilidad de que felizmente disfruta en este orden de cosas, sin que lo conmuevan ni lo perturben enojosas luchas doctrinarias.

Antecedentes

Como saben los lectores de *El Comercio*, la ley fué aprobada en ambas cámaras en dos legislaturas, por tratarse de una reforma constitucional, y la autógrafa correspondiente, remitida al Ejecutivo para su respectiva promulgación.

Sometido por S. E. al Consejo de Ministros, acordó éste no pronunciarse al respecto, dejando al Congreso en el ejercicio del derecho de promulgar la ley a falta de ese acto por el Poder Ejecutivo.

Solicitada sesión de Congreso para la promulgación de la ley, se fijó el día de ayer 11, a las cuatro de la tarde.

Desde que las Cámaras aprobaron la ley y antes de que la ley fuese enviada al Presidente de la República, los elementos clericales de la ciudad comenzaron a agitarse, firmando actas, muchas de las cuales hemos publicado, haciendo rogativas, llevando a cabo misiones en los templos y ejecutando otros actos de propaganda y de protesta.

Esta actitud fué acentuándose cuando se conoció la resolución del Congreso de reunirse ayer para promulgar la ley. Por eso el día miércoles pasó muy movido en nuestros círculos sociales, pues las señoras acordaban hacer una demostración ante el Parlamento, con el objeto de impedir la promulgación de la ley, al mismo tiempo que se agitaban para frustrar la reunión del Congreso, mediante la inasistencia de los representantes, a fin de conseguir así la falta de quorum. El punto de reunión quedó acordado señalarlo en la mañana de ayer.

Preparativos

En efecto, toda la mañana de ayer fué incesante el llamamiento por teléfono en Lima. Se fijaba el punto de la cita y se señalaba la iglesia de la Caridad, como lugar central, y la de la Concepcion, que también se halla en los alrededores del Congreso.

La policía, que tuvo noticia de estos preparativos, dictó las más eficaces medidas para ofrecer a las señoras y señoritas manifestantes toda clase de garantías, evitando la posibilidad de que algunos espíritus exaltados dejaran de guardarles las consideraciones a que su sexo y distinguida situación personal y social les hacían acreedores; pero los elementos populares liberales de la ciudad no hicieron contramanifestaciones de ninguna especie y dejaron a las señoras de Lima en la más amplia libertad de realizar las demostraciones que quisieron.

El Prefecto del Departamento, Comandante Arenas, y el Intendente de Lima, señor León, estuvieron guardando el orden que mantenían fuerzas de policía y de gendarmes, que apostadas en las bocacalles del parque de la Inquisición, sólo permitían el acceso a las personas que presentaban tarjetas de entrada al local del Parlamento.

Según venimos relatando, el punto de cita de las señoras eran las iglesias de la Caridad y de la Concepción, y la hora las tres de la tarde. En efecto, a esa hora, ambos templos se encontraban totalmente llenos; había en ellos un crecido número de señoras y señoritas que lucían elegantísimas toiletes de colores claros, y rompiendo con la vieja costumbre, la mayor parte de las damas fué a esos templos con sombreros; de tal manera que el conjunto de plumas, gazas, cintas y flores daba a las iglesias un aspecto sugestivo, pintoresco y de suma elegancia.

Pocos minutos después de las tres se dirigieron las señoras al Congreso; iban precedidas por la señorita Isabel del Valle y Osma y la señora Manuela Madalengoitia de Araníbar, presidenta y vicepresidenta de la Unión Católica, respectivamente. Seguían a esta institución en completo, numerosas instituciones religiosas de señoras y un grupo de damas católicas que encabezaba la señora Zoila Aurora Cáceres.

Las señoras entonaban cánticos piadosos y en el momento de ingresar en el local del Congreso cantaban: «Corazón Santo, Tú reinarás, Tú nuestro encanto siempre serás».

En el local del Congreso ocuparon las señoras las tribunas oficiales y comenzaron a hacer animadas manifestaciones.

La tribuna alta fué ocupada por los miembros de la Unión Católica de Caballeros, por los de la Juventud Católica, los alumnos del Colegio de la Inmaculada, los miembros del Apostolado de la Oración y de compacto número de Sacerdotes. Algunos congresantes de la Archicofradía de la Vela Verde servían de maestros de ceremonias y colocaban a los concurrentes. También alumnos universitarios y un grupo de jóvenes de nuestra sociedad lograron situarse allí e hicieron manifestaciones favorables a la tolerancia de cultos.

A las tres y cinco de la tarde, cuando todavía no había llegado ningún representante a la Cámara, las galerías presentaban un interesante aspecto.

Hasta ese instante la concurrencia femenina guardaba el más profundo silencio.

Los escolares

A las tres y veinte minutos de la tarde ingresaron al parque de la Inquisición numerosas corporaciones de escolares de los colegios de las órdenes religiosas establecidas en esta capital: San Agustín, Recoleta, Jesuitas, etc., dirigidos por respetables sacerdotes. Estos grupos fueron arremolinándose en torno de la puerta del Congreso, cuya guardia, montada por una compañía del batallón número 5, procedió a despejar la parte fronteriza del parque, en tanto que la policía, al mando del Intendente, señor Héctor León, impedía el acceso de más gente y empezaba a despejar ésta con todo cuidado y tranquilidad. Los escolares y otro grupo de gente del pueblo, que se le había unido y que gritaban: «Viva Jesucristo! Viva la Libertad Cristiana! Mueran los herejes!», iniciaron una sonora protesta con vivas a la religión, al Corazón de Jesús, a la virtud seráfica del Santo Padre y al defensor de la religión, señor Sánchez Díaz.

La policía proseguía en su empeño de despejar el parque; pero de pronto apareció la señora Cáceres *(Evangelina)* y encarándose a los custodios del orden reclamó para los escolares y la gente adicta al Catolicismo, el paso a las altas galerías del local del Congreso. Después de muchas gestiones, éstas fueron abiertas e ingresó tumultuosamente la masa estudiantil, dando vivas estruendosos a la religión católica, al imperio del reinado de Jesucristo y mueras a los diputados y senadores que más se habían distinguido en la labor de llevar a término la reforma constitucional del artículo 4.º

Desde este instante, el vocerío estruendoso en la Cámara fué continuo. Se oían vivas sonoros y mueras estrepitosos. De rato en rato surgían voces entonando el himno aquel que empieza: «Dulce Corazón de Jesús, Sé Nuestra Salvación»...

Y los vivas y los mueras se perdían en un vocerío intenso, en que se confundían las agudas voces de las mujeres, de los escolares, de los sacerdotes y de los devotos.

Las galerías

Como ya hemos dicho, éstas se hallaban llenas de una distinguida concurrencia femenina, de las congregaciones religiosas, de universitarios y de jóvenes de la principal sociedad; pero no fué posible evitar en las galerías altas el acceso de infinidad de hombres y de mujeres del pueblo cuyos denuestos fanáticos no deslustraban el brillo y la cultura de nuestras damas asistentes.

Los representantes

A las tres y media de la tarde, el diputado por el Callao, señor Alberto Secada, ingresó al parque de la Inquisición. Su presencia fué señalada por una ruidosa manifestación de grupos hostiles, entre las que se escuchaban frases de: Muera el liberal! Que la vida te sea corta! Mal cristiano! Muera Secada! Viva Jesucristo! Viva la religión católica! Muera el libre pensamiento!

El diputado por el Callao penetró al local de su Cámara y se dirigió a su banco de diputado por el pasillo de la sala de sesiones.

Tan luego como la concurrencia se percibió de la presencia del diputado por el Callao, los vivas a la Iglesia Cristiana, a la religión católica, a los sacerdotes y a Dios menudearon en forma violenta, junto con los mueras y las imprecaciones. El diputado por el Callao tomó asiento en su curul, abrió un periódico de la tarde y se puso a leer.

Poco después ingresó el señor Quimper, que fué recibido también con gritos hostiles. De la galería alta se le gritaba: Renegado! Muera Quimper! Mueran los hermanos de Lucifer! Muera la libertad de cultos! Traidores! Abajo Pilatos! Comprados por los protestantes! Fuera, fuera!

Al ingreso rápido del señor Sánchez Díaz, las damas prorrumpieron en un cerrado y frenético aplauso. Se agitaban los pañuelos. Las manos enguantadas sonaban con estrépido y todas las voces de las galerías altas le decían: Viva el padre Sánchez Díaz! Mueran los reformadores! Abajo con ellos! Líbrenos del mal, santo padre! Viva el dulce Corazón de Jesús!

El señor Sánchez Díaz miró la sala todavía semidesierta, agradeció con profunda reverencia las manifestaciones y pasó a la cantina, donde lo esperaba ya el senador por Arequipa, señor Valencia Pacheco, de carácter sacerdotal como el diputado por Celendín, y el señor Fariña, a cuyo nombre las damas habían asociado la idea de la defensa, de la no promulgación de la ley.

Los tres representantes tomaron asiento en torno de una mesa, pidieron cerveza y té y empezaron a conversar en voz baja. Más tarde se les unió el señor Criado y Tejada, que ya había estado en la sala y que había sido aplaudido por la concurrencia, que en esos momentos volvía a gritar contra la libertad de cultos y contra los representantes adictos a la reforma que se hallaban en la sala. El señor Elías Mujica también llegó a la cantina y tomó asiento en la mesa de los represen-

tantes eclesiásticos. Después hizo igual cosa el señor Aramburú.

A un ujier que pasó le preguntó el señor Criado y Tejada:

—¿Cuántos hay?

—75, señor.

—Bien, bien, no hay quorum.

—No habrá, contestó el señor Sanchez Díaz.

En tanto, en la sala, los bancos de los diputados iban llenándose. Estaban allí el señor Salomón, que fué recibido con mueras, el señor Grau, el señor Macedo, el señor Pastor, el señor Alba, el señor Carrillo, el señor Uceda, el señor Latorre, el señor Perochena, el señor Torres Balcázar.

Cuando apareció en su asiento el señor Ulloa, se oyeron manifestaciones hostiles; de la galería alta se le arrojó una corona con una tarjeta que decía: Defiéndenos! Dios te premiará! La corona era de alfalfa.

Al ingreso del señor Artadi, varias personas de la concurrencia lo llamaron por su nombre. Una de ellas le decía:

—Humberto! No consientas que promulguen la ley. No hagan daño a la religión.

El señor Artadi fué aplaudido por todos los presentes, representantes y concurrentes a la galería.

Llega el Presidente

Después de las cuatro y media de la tarde las señoras empezaban a preguntarse si concurriría o no el Presidente del Congreso. Unas aseguraban que no lo haría, que habría tenido miedo al saber la manifestación de protesta que se había preparado. Otras decían que vendría y que costara lo que costare llegaría al Congreso.

Cuando estas conjeturas eran mayores, sonó el clarín de la guardia anunciando el ingreso del doctor Rodrigo Peña Murrieta, diputado por Huancayo y Presidente del Congreso.

S. E. penetró por el corredor a la sala de la presidencia. En tanto, de las galerías partían gritos ensordecedores: se oían las mismas voces y los vivas y los mueras eran delirantes; coronas de alfalfa empezaron a caer; sonaron cohetecillos de Napoleón, y en toda la sala había un bullicio ensordecedor semejante a una gran ola de gentes enloquecidas. A las cuatro y veinte de la tarde, ingresaron a la sala los senadores, que después de haber computado su quorum venían a la sesión del Congreso. Cuando hicieron su aparición en la sala de sesiones, el gentío los empezó a imprecar, a insultar:

—¡Traidores! Vais a renegar de la religión de vuestros padres! Mueran los representantes! Mueran los reformadores! Abajo la libertad!—gritaban en la galería alta.

La mesa de la Cámara

Faltando un cuarto para las cinco de la tarde, el Presidente del Congreso, doctor Peña Murrieta, acompañado de los Secretarios, senador Pedro Rojas Loaiza y diputado Luis A. Carrillo, tomó asiento a la mesa.

En este instante las voces de protesta del gentío eran enormes. Todo lo llenaban. Nada se percibía. Las palabras del Presidente para computar el quorum no eran escuchadas. El griterío era extraordinario. Los denuestos y protestas de la barra alta se dejaban sentir en forma tal que la presidencia ordenó que fuese desalojada prontamente. La orden de la presidencia fué recibida con grandes protestas. Las señoras gritaban:—¡Abuso, abuso! Y dirigiéndose a los jóvenes estudiantes de las galerías les recomendaban que tuviesen fortaleza, que no se moviesen del sitio y que continuasen protestando. Los cohetecillos de Napoleón seguían estallando. Los pañuelos se agitaban y las manos enguantadas continuaban aplaudiendo a los representantes adictos a la causa que sostenían.

En la galería alta el señor Francisco Rivero, conocido por sus estudios astronómicos y por su previsión para anunciar los movimientos sísmicos, pronunció un vehemente discurso estimulando la actitud vibrante de los asistentes católicos. Los *tendidos* se agitaban entusiastamente como en un día de toros. Los pañuelos flamean, las voces suenan cada vez más fuertes, pero en la galería alta la orden de la presidencia se empieza a cumplir.

En la galería del primero y segundo piso se protesta con gran ruido; se califica de injusticia, de incredulidad, de crueldad, de faltamiento a la ley, la disposición del Presidente.

La señora Zoila Aurora Cáceres intenta hablar. Se trata entre las señoras de que se haga silencio. Mas éste no puede conseguirse con las voces que desde lo alto vienen. Una dice:—Pero, señoras, protesten, que nos tratan mal, protesten, ¡caray!

Como la guardia les exigía que saliesen, exclaman:—¡Así no! ¡No sean bárbaros!

Los universitarios lanzaban grandes risas y gritaban: ¡Viva la libertad de cultos!

Poco a poco la guardia de la Cámara ha conseguido al fin desalojar la galería última; pero los ocupantes de las galerías inferiores siguen en sus manifestaciones ruidosas, arrojando coronas y vivando a los santos.

Entre tanto, entre el enorme vocerío, se había notado al pasar la lista ordinaria, la falta de quorum.

Se prorrumpe entonces en una tempestad de aplausos, vivas y voces de «¡No hay quorum! Viva la religión católica! ¡Viva la Unión Católica de Señoras! ¡Viva Dios! ¡Muera Peña Murrieta! ¡Que se le mueran los enfermos! ¡Que hable *Evangelina!*»

En efecto, en la sala no había quorum pero sí había número suficiente de representantes en el recinto del Congreso. En la cantina estaban los señores canónigo Valencia Pacheco, racionero Sánchez Díaz, doctores Fariña y Criado y Tejada, señores Fuchs, Elías Mujica y Núñez Chávez, quienes tenían en compañía con buen número de representantes conservadores el propósito de no ingresar en la sala a fin de no dar quorum, pero que, según se afirmaba, entrarían en el caso de que abierta la sesión fuese necesaria su intervención fiscalizadora.

Así en medio de un constante vocerío en que se lanzaban frases hostiles para algunos representantes, pasó cerca de una hora. A las cinco y tres cuartos de la tarde el doctor Peña Murrieta agita la campanilla reclamando orden.

Se hace algún silencio y entonces se oye la voz de la señora Cáceres a quien las señoras exigían hiciera uso de la palabra en nombre de ellas.

La señora Cáceres, en efecto, empezó a pronunciar una alocución apasionada. El Presidente, agitando la campanilla, interrumpió a la oradora, diciendo que se iba a computar el quorum. Indicó en esta ocasión que se iba a pasar la lista de presencia.

Y a continuación expreso:—«Si hay quorum, la mesa hará cumplir sagazmente el reglamento». *(Aplausos y protestas. Los representantes golpean las carpetas con entusiasmo).*

La lista personal se produjo, no obstante las dificultades presentadas en esta situación. En este momento se originó una fuerte algarada. Los gritos se redoblan, los aplausos y manifestaciones diversas se hacen cada vez mayores. En medio de todo ello, el diputado secretario lee el acta de la anterior sesión.

Simultáneamente el señor Basadre se lanza a la mesa minifestando la conveniencia de repetir la lista.

Por una de las puertas laterales penetran a la sala los diputados y senadores que estaban en la cantina y cuyos nombres hemos dado, solicitando se repita nuevamente la lista.

Varios diputados se ponen de pie en sus escaños y exclaman:—«Hay quorum. Lo ha demostrado la lista de presencia que acaba de pasarse, pero suponiendo que no lo hubiera habido, con la concurrencia de sus señorías

sobra quorum». En las galerías la gritería es inmensa. Se oyen lamentaciones, silbidos, imprecaciones; se arrojan coronas de alfalfa, se prenden cohetecillos, y una niña, en un arranque de entusiasmo, rompe el puño de su sombrilla, un hermoso puño de cristal de roca, y lo arroja sobre la cabeza de un representante, sin lograr dar en el blanco.

Mientras tanto, con voz fuerte, el doctor Peña Murrieta dice: «Estando reunido el honorable Congreso con el objeto de promulgar la ley relativa a la reforma del artículo 4.º de la Constitución, de conformidad con el mandato expreso de ésta, voy a hacerlo».

El doctor Peña Murrieta promulga la ley enmedio de un estruendo formidable. Lleva la mano izquierda en alto con la campanilla que vibra fuertemente, y en la derecha sostiene la ley que promulga, mostrando el documento a las galerías.

En ese instante, el doctor Sánchez Díaz se avalanza sobre la mesa, se posesiona sorpresivamente de los documentos y los estruja; los secretarios y muchos representantes se lanzan sobre él y lo empujan arrojándolo del estrado a empellones, mientras en las galerías gritan: Lo matan! El Presidente del Congreso ordena al ayudante detenga al señor Sánchez Díaz. En la sala se forma un escándalo fenomenal. Las señoras protestan, se indignan, presentando el hemiciclo y sus galerías un aspecto singularísimo.

El Presidente dice: Promulgada la ley y cumplido el objeto para que fué citado el Congreso, se levanta la sesión.

El señor Peña Murrieta dejó el sillón de la presidencia y permaneció en el centro de la sala por algunos momentos, rodeado de los representantes, que lo felicitaban. Instantes después, el Presidente del Congreso abandona la sala y los representantes siguen al doctor Peña Murrieta hasta el salón de la presidencia. Allí hace llamar al señor Sánchez Díaz, quien se encamina a ella seguidó por el señor Valencia Pacheco y algunos otros señores diputados. Por las galerías, que se desalojaban en los pasillos de la Cámara, se esparce la voz de que el diputado por Celendín ha sido detenido de orden del Presidente del Congreso. La hermosa concurrencia que ocupaba las galerías oficiales exclama: Lo van a llevar con esposas.—No diga usted barbaridades, señorita, responde una mujer del pueblo.

La excitación de la concurrencia crece y los gritos vuelven a redoblarse.

Pocos minutos después se presenta el señor Sánchez Díaz a la sala presidencial, acompañándolo el diputado señor Torres Balcázar y el ayudante del Congreso, coronel Tapia.

El señor Sánchez Diaz avanza ante el Presidente y le dice: «Señor Presidente: Reconozco y confieso mi error; procedí por un movimiento reflejo; ruego a V. E. que me excuse».

El señor Peña Murrieta dió entonces la mano al doctor Sánchez Díaz, a quien esperaban en la puerta las señoras y demás concurrencia y el cual prometió al Presidente dar una amplia satisfacción al Congreso reunido en pleno, para cuya sesión de carácter extraordinario e inmediato se indicó a la Oficialía Mayor se enviaran las esquelas respectivas.

En algunos grupos de la concurrencia se cree que la ley no ha sido promulgada, pero cuando se informan de que todo ha concluído, que ya no queda por hacer nada, profundamente contrariadas dejan sus puestos las matronas y señoritas y salen a la calle con rumbo a sus domicilios. Una gran fracción, constituída sólo del populacho, sigue viendo la cosas, sigue comentando, sigue dando mueras a la reforma y a sus autores, y cuando vuelve a aparecer el señor Sánchez Díaz, ya en libertad, y se encamina al salón de los *Pasos Perdidos*, se precipita la gente por las escaleras y exaltan al diputado por Celendín; lo llaman Monseñor, defensor de la verdad, dignísimo representante; y al salir del Congreso es acompañado varias cuadras a los gritos de Mueran los amigos de Satanás, Viva la religión católica, Viva el señor Sánchez Díaz.

En el local del Congreso quedaron los representantes acompañando al doctor Peña Murrieta, quien recibía manifestaciones de adhesión por su actitud. Si embargo entre las personas que acudieron al salón de la presidencia se encontraron dos presbíteros, uno de ellos apellidado Hernández, que protestó airadamente de la promulgación de la ley: varios diputados reclamaron de esa actitud y llamaron a uno de los ayudantes del Congreso. El Dr. Peña Murrieta intervino con gran tacto, teniendo en cuenta la explicable vehemencia de los mencionados religiosos.

La salida

Mientras ocurrían dentro estas escenas, el personal asistente salía poco a poco al parque de la Inquisición, que presentaba a esta hora, seis y media de la tarde, un aspecto de gran animación. A las gentes que salen vociferando, grupos del pueblo, que profesan ideas contrarias, las aguardan y acometen con rechiflas y silbidos. Los fieles del pueblo, que son los únicos que continúan haciendo manifestaciones ruidosas, se excitan, se encolerizan y en algunas ocasiones la emprenden entre la gritería de los chiquillos curiosos a puñadas; y todos juntos, en un confuso abigarramiento, con gritos opuestos y manifestaciones contrarias, fieles y no fieles, se encaminan por la recta del girón de Zárate, rumbo a la Plaza de Armas.

El desfile se desarrolla sin incidente alguno. En las esquinas del trayecto se unen nuevos manifestantes y la comitiva adquiere caracteres imponentes. Al frente de los católicos marcha un hombre vestido de negro que, con los cabellos enmarañados, prorrumpe en gritos sordos contra el Parlamento nacional y a ratos entona cantos litúrgicos que las mujeres del pueblo corean con devoción. Un poco más atrás camina una agrupación de religiosos con estandartes. Cuando llega el desfile a la Plaza de Armas, la noticia de la promulgación de la ley de tolerancia de cultos ha sido esparcida.

Ante los balcones de Palacio

Un grupo de tres mil personas más o menos se constituyó en la plazuela de Desamparados aclamando al Presidente de la República y pidiendo saliese a los balcones de Palacio para protestar ante él de la promulgación hecha por el Congreso. Allí se hallaban a caballo el Prefecto y el Intendente de Policía, resguardando el orden. Después de algunos instantes de espera con manifestaciones cada vez más bulliciosas del elemento femenino popular, apareció en uno de los balcones el Gobernador de Palacio, señor Noriega del Valle, quien manifestó que S. E. se había marchado al balneario de Miraflores.

Los manifestantes siguieron entonces a la Plaza de Armas, dominados por su entusiasmo primitivo.

En la iglesia de la Merced

La concurrencia se encaminó luego al templo de la Merced en donde se realizaban las misiones a que al principio aludimos. Al irrumpir en el templo el gentío, el orador sagrado puso término a su alocución, expresando que sentía una enorme pesadumbre al contemplar lo que acababa de hacer el Congreso, presidido por el diputado por Huancayo, doctor Peña Murrieta, a quien calificó de herejote, no quedándole al pueblo católico más que su protesta.

La ley promulgada

El texto de la ley promulgada ayer por el Congreso es el siguiente:

Rodrigo Peña Murrieta, Presidente del Congreso, por cuanto el Congreso ha dado la ley siguiente:

El Congreso de la República Peruana: Ha dado la siguiente ley.

Artículo único. Suprímase del artículo 4.° de la Constitución la parte final que dice: «Y no permite el ejercicio público de otra alguna»; quedando concebido este artículo en los siguientes términos: «Artículo 4.° La Nación profesa la religión católica, apostólica y romana y el Estado la protege».

Comuníquese al Poder Ejecutivo para que disponga lo necesario a su cumplimiento.

Dada en la sala de sesiones del Congreso, en Lima, a los veintitrés días del mes de octubre de mil novecientos quince.

M. C. Barrios, Presidente del Senado. Rodrigo Peña Murrieta, Presidente de la H. Cámara de Diputados. Pedro Rojas Loaiza, Senador Secretario. Santiago D. Parodi, Diputado Secretario.

Al Exmo. Sr. Presidente de la República.

Por tanto: Y no habiendo sido promulgada por el Ejecutivo, en observancia de lo dispuesto en el artículo 71 de la Constitución, mando se imprima, publique, circule y comuníque al Ministerio del Culto para que disponga lo necesario a su cumplimiento.

Casa del Congreso, en Lima, a los once días del mes de Noviembre de mil novecientos quince.

Rodrigo Peña Murrieta, Presidente del Congreso; Pedro Rojas Loaiza, Secretario del Congreso; Luis Alberto Carrillo, Secretario del Congreso.

Es copia de la ley promulgada en sesión de la fecha por S. E. el Presidente del Congreso. Lima, 11 de Noviembre de 1915. R.R. Ríos, Oficial Mayor del Congreso. Un sello de la Oficialía Mayor del Honorable Congreso.

A pedido de los Honorables señores Quimper y Secada, el Honorable Congreso acordó remitir la autógrafa de la ley promulgada al Ejecutivo, sin esperar la aprobación del acta.

Agasajo al doctor Peña Murrieta

El doctor Peña Murrieta salió del local del Congreso acompañado de gran parte de los representantes y seguido de numeroso pueblo liberal, que daba vivas a la representación nacional, a su presidente y a la libertad de cultos.

El doctor Peña Murrieta y sus acompañantes se dirigieron al Club de la Unión, en uno de cuyos salones se invitó una copa de Champagne. Instantes después, el Presidente del Congreso fué invitado por sus colegas de representación que le habían acompañado, a comer en el Restaurant del Parque Zoológico.

La manifestación fué ofrecida por el doctor Salazar y Oyarzábal, que en un entusiasta discurso hizo el elogio del acto que acababa de sancionar el Congreso de 1915, en el camino de las grandes libertades individuales y sociales, y manifestó la brillante actuación que había tenido en él el agasajado.

El doctor Peña Murrieta contestó el discurso en una oportuna alocución patriótica, haciendo votos por la prosperidad nacional, por el parlamento y por las instituciones tutelares de la República.

A exigencia de los asistentes, el doctor Manzanilla hizo uso de la palabra encomiando con elocuencia sugestiva el resultado que acababa de obtenerse. Se extendió en otras consideraciones de carácter eminentemente nacional, haciendo augurios para lo futuro del engrandecimiento de la Patria.

También hicieron uso de la palabra los doctores Alberto Ulloa, Mariano H. Cornejo y Antonio Miró Quesada, felicitándose de lo realizado y deseando mejores días para el país.

El doctor Rafael Grau, diputado por Cotabambas, expuso que frente a la actitud equívoca del Gobierno, el Presidente del Congreso, obligado a dar cumplimienio a la ley, la había llevado al efecto, surgiendo con tal motivo la varonil figura del doctor Peña Murrieta, que, consciente de los deberes del cargo que aceptó y juró cumplir, se había comportado a la altura de la situación, realizando un acto que ha de prestigiar indefinidamente a la legislatura de 1915.

A más de las 11 de la noche, los representantes abandonaron los salones del Parque Zoológico acompañando al doctor Peña Murrieta a su domicilio.

Asistieron a la fiesta los siguientes representantes: Rodrigo Peña Murrieta, José Matías Manzanilla, Alberto Ulloa, Antonio Miró Quesada, Mariano H. Cornejo, Juan de Dios Salazar y Oyarzábal, Rafael Grau, Pedro Rojas Loaiza, Hildebrando Fuentes, Luis Alberto Carrillo, Santiago D. Parodi, Gonzalo Silva Santisteban, David Samanez Ocampo, Clemente J. Revilla, Eduardo Lanatta, Aurelio Arnao, Miguel Grau, Baldomero F. Maldonado, J. Alfredo Picasso, Juan Manuel Torres Balcázar, Arturo Rubio, Alberto Secada, Carlos Borda, Manuel Quimper, Enrique Castro, Pedro Ruiz Bravo, Guillermo Dunstan, Héctor Escardó Salazar, Luis Julio Menéndez, Pedro Abraham del Solar, Enrique Escardó Salazar, Arturo Osores, Enrique Seguín, Alejandro Vivanco, Eduardo C. Basadre, Osvaldo Hoyos Osores, Gerardo Balbuena, Fermín Málaga Santolalla, David Chaparro, Manuel Irigoyen, Emilio Muñoz, Teobaldo J. Pinzás, Miguel A. Escalante, Augusto Perochena, José María Barreda, Julio Muñoz, Fernando C. Fuchs, Héctor Tejada, Manuel Jesús Gamarra, José Francisco Gasco, Luis Otero, Víctor Pacheco Benavides, Moisés León, Samuel Sayán Palacios, Luis F. Luna, Mariano E. Becerra, J. Sebastián Urquiaga, Augusto Arrese Vegas, Segundo Sergio Rodríguez; Pedro Moreno, Jorge M. Corbacho, Cecilio Cox, Néstor Price, Santiago Calderón Rubio, Manuel de Jesús Urbina, Luis F. Luna, Neptalí Pérez Velásquez, R. R. Ríos, Oficial Mayor del Congreso, Comandante Francisco Más, ayudante del Congreso; Narciso Espinoza, Jefe de la Mesa de Partes.

(De *El Comercio* de Lima, del 12 de Noviembre de 1915, edición de la mañana).

No es el "Repertorio Americano" revista de círculo; es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los colaboradores que hallen acogida en sus columnas, opinan con suma libertad. Sin que esto implique que su editor haga propias las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.

Una fecha del calendario universitario

24 de Mayo,

día de la libertad y de homenaje a los benefactores de la humanidad

En el calendario de la Universidad [1] establecido para 1924, figura una nueva fecha: Día de la libertad y de homenaje a los benefactores de la humanidad, 24 de mayo.

Al inaugurarse los cursos, el rector dijo, a propósito de esa fecha, lo siguiente:

«Ha sido deliberado propósito del Consejo de la Universidad unir este día al de la fiesta nacional. Exaltado el espíritu por el recuerdo de la gesta magnífica que fundó el país, adquiere la elevación necesaria para esta evocación y comunión con las grandes almas del pasado.

»Suscitar el sentimiento de fraternidad es congrua de universidades, porque la ciencia rebasa las fronteras políticas como las aves en sus vuelos los hitos que las demarcan.

»Somos fieles al ideal revolucionario de Mayo que no fué de egoísmo nacionalista sino de conquista de la personalidad con que queríamos entrar en la fraternidad de las naciones.

»Los nombres de Leibnitz, Newton o Edison estarán más presentes en nuestra Escuela de ingeniería, el de Pasteur en nuestra Escuela de farmacia, el de Leonardo en nuestra Escuela de pintura, el de Pestalozzi, o Mme. Curie o la doctora Montessori en nuestro Colegio de mujeres, pero todos los benefactores de la humanidad se unirán idealmente en la admiración y gratitud de los jóvenes.

»Si no nos substraemos periódicamente al rumor de las luchas y a la baraúnda de las pasiones, el carácter de la sociedad se vulgariza y enferma de efemerismo, es decir, de actualidad, y el velo imaginario del horizonte aparece en verdad como una muralla que pone fin al mundo.

»En esa conmemoración ya no hay disidencias ni facciones porque espero que nadie tendrá motivo de resentimiento con Shakespeare ni celos cou Dante o su Beatriz.

»Acto de recogimiento y de efusión que sugiera el gusto de la vida interior de que carecemos los pueblos prósperos, y que puede aislarse como un rasgo definidor de nuestro tiempo, apasionado por el espectáculo exterior.

»La acumulación y la variedad de cosas y productos con que anhelamos hartar la vida, como todo lo cuantitativo no es sino apariencia, y es por eso que aunque nos apuramos en lograrlos, la inquietud y la zozobra moderna no se aplacan.

»Nos afanamos por mitigar la sed y quedamos las manos manchadas y tan sedientos como antes.

»Por eso dice uno de los lemas murales de la Universidad que las cosas tienen su medida en la nobleza de nuestro corazón.

»Convocarnos a este ejercicio de vida interior no es una predicación de egoísmo y de afán meditativo desdeñoso de la aflicción social, contrarios, por lo tanto, al destino confesado y ardientemente buscado por la Universidad de Tucumán que es eminentemente social y está atenta a los requerimientos apremiantes de nuestro momento y de nuestro país.

»El cultivo del yo es inseparable del espíritu social, del espíritu de servicio, de la capacidad de renunciar.

»El cultivo de la espiritualidad busca el enriquecimiento moral del individuo, la grandeza social.

»Neguemos «el aceite de nuestra lámpara y demos la luz que la corona», porque si no toda nuestra generosidad no alcanzaría a convertir en luz su paveza».

El día 24 de mayo del presente año se dieron en las escuelas de la Universidad conferencias alusivas a la fecha de la Patria y además las siguientes:

Copérnico, por el profesor Valois Martínez.

Leonardo de Vinci, por el profesor A. Teragni.

Rockefeller, por la profesora señora Rita P. de Bertelli.

Arquímedes, por el profesor normal señor M. S. Victorio.

(Del *Boletín de la Universidad Nacional de Tucumán*, Tucumán).

1 **Se trata de la Universidad de Tucumán (República Argentina), una de las ejemplares en la América Hispana**

Tablero

=1925=

Con el Dr. Peña Murrieta

Se le da cabida en esta entrega a la crónica de la promulgación de la Ley que garantiza la libertad de cultos en el Perú. Es un episodio curioso e interesante. Es todo un capítulo para la historia de la cultura en estos países. No es fácil suponer que el doctor Peña Murrieta de que en esta crónica se habla sea el mismo doctor que hace años está con nosotros, dedicado a su profesión, haciendo una vida modesta y sin alardes. Pero ya es justo que se sepa que en el doctor Peña Murrieta hay un político peruano amante del progreso de su patria, un hombre adelantado y previsor. El sabe que el clericalismo es uno de los firmes sostenes de las dictaduras y de los despotismos. El sabe que se trabaja para las libertades públicas cuando se cultiva la de cultos, la del libre examen, la superior, la de la conciencia. Conviven mejor los hombres si entre ellos es posible externar sin trabas las opiniones, por extremas y diversas que parezcan. No de otro modo se concibe la patria como ejercicio de justicia civil, y de libertad.

Circular

De los libreros B. W. Huebesch and the Viking Press, 30 Irving Place, New York City, la siguiente, que más de un hispano americano leerá con interés:

A Study in American Imperialism

Dollar Diplomacy

By Scott Nearing and Joseph Freeman

This story of American expansion makes tellingly clear the underlying scheme of our activities abroad, simply by arranging known facts (and others less well known) in such a way as to bring out emphatically their relation to each other and to the whole pattern. Armed intervention in Mexico and Haiti, revolutions in Hawaii and Panama, annexation of the Philippines and (practically) of Cuba, financial pressure in Europe, concession-hunting in China and the Near East: these are shown to be phases in the Technique of Imperialism which American statesmanship has devised in its efforts to make the world safe for the dollar. The story is told faithfully and coolly; the facts are not only arresting but profoundly significant as indicating the direction in which the United States is moving.

An Epitome of the Table of Contents

Introduction; Recent Imperial Experience.
I. American Economic Expansion.
II. Economic Penetration.
III. Spheres of Infuence.
IV. Political «Regulation».
V. Armed Intervention.
VI. Acquisition without Annexation.
VII. Conquest and Purchase.
VIII. Ward Debts and Settlements.
IX. The Evolution of American Imperial Diplomacy.
Appendices

Illustrated with eleven maps and charts. 370 pages, $ 2.50.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica